

CON SOMBRERO DE YAGUA

POR EL

CAPITAN DEL E. L.

ANGEL E. ROSENDE Y DE ZAYAS

(CAPITAN MAYIA)

1932

TIPOS: MOLINA Y CIA.

RICLA NUMS. 55 - 57

HABANA, CUBA



INDICE

OPTICA "ARGOS"

PROLOGO

Hagamos nuestro prólogo. Divaguemos veteranistamente. Concretemos, como componentes de la minoría exigua que impuso en todas las épocas la libertad y estado republicano, los casos que contrarresten las opiniones contra los emancipadores y que sus labores llevadas a cabo en plena manigua heroica, es deuda liquidada. Si ha habido alguno que se ha apartado de la línea, allá él. Si los próceres con sus legados y enseñanzas, los supervivientes, aun más, en minoría exigua, no han podido incultar e imponer la doctrina a tanto bribón, guerrillero, autonomista weyleriano y al extranjero desagradecido, que han ahogado a la vez a esos menos en número del E. L., ¿qué culpa tienen esos luchadores que siempre en Cuba, antes, en y ahora hayan triunfado por el número, con sus conveniencias y retrogradismos?

A la revolución, fué en su mayoría, aparte de los directores, una *gran masa obrera*, de la *clase media y campesina*, que a la hora del triunfo ha sido ahogada por el político militante o muñidor de la ominosa, los leguleyos de levita, fracasados doctores y amos de los bienes confiscados a los cubanos.

Entre los elementos neutrales, se podrían contar algunas excepciones y ahora la juventud cubana universitaria, que unida a la mujer y a alguna prensa, muy contados congresistas y gobiernistas, está actuando, de manera decisiva, siguiendo la senda de nuestros antepasados y hasta tomando nota de sus propios errores, que también enseñan al procomún para desenvolverse en la vida ciudadana.

A los *Granitos de Oro* de Martí, y a los *Pensamientos* del Generalísimo, de "con todos y para todos" y de "la concordia y fraternidad", fueron acogidos esos elementos, pero para inculcar sus moldes tradicionales de la ominosa, la envidia al triunfo revolucionario, defensa de sus conveniencias y ataque a la buena fe de los que supieron cumplir con sus deberes libertarios.

Nunca se acierta. Si los Veteranos hubiesen seguido unidos hasta afianzar sus bellos ideales, en el acto esos mismos elementos, que componían la mayoría, organizados, nos hubiesen calificado de clase privilegiada y combatido desde su campo poderoso del número y el dinero, calificándonos de autoritarios e incurrir en la falta de no cumplir con los dictados del manifiesto de Montecristi. La campaña veteranista fué prueba de todo ello.

El revolucionario cubano, luchó en el campo a sangre y fuego, pero no pudo castigar con su mano al traidor, al weyleriano, al gue-

rrillero criollo que criminalmente actuó contra el hogar, la familia y el *mambí*, distintamente a como se comportaron los Capdevila y Sandoval.

Nosotros, estimados lectores, no fuimos más que un átomo en esas grandes contiendas, y descendientes de familia que tuvo muchos en ella y hasta que nuestro abuelo con ser "gallego" actuó como caballero y amigo de Joaquín Agüero, desde su plano español a la altura que sus sentimientos humanitarios a ambos caracterizaba, pero creyéndonos en el deber, de alguna manera, humilde pero sincera y honrada, de hacer por la historia de nuestra Patria, es que nos hemos atrevido a publicar esta otra parte de nuestras impresiones de la guerra, y que así como en *Memorias de la Guerra* aludimos a unos aspectos de nuestras notas, ahora vamos en *Con Sombrero de Yagua*, como complemento, a ampliarlas por medio de tópicos, vida, gestos, datos, anécdotas, pasajes, explicaciones, del campamento, los pabellones, la marcha, los hospitales, en contraste con la pelea que todo con la conformidad, esperanza, privación, sacrificio, constancia, tenacidad del soldado *mambí*, forman un conjunto excelso de virtud y patriotismo.

Después de la guerra hemos palpado muchas realidades. Lo de la sustitución del Machete Cubano por el Sable Español, a la Guardia Rural. Ese machete que la Guardia Civil usara para atropellar al Criollo y que Máximo Gómez, después de ser Sargento, nombrado por el poeta Palma, entonces guerrero, en el 68, enseñó su uso a las huestes libertadoras. El machete que se usara bajo la orden de Agramonte de: "Carneta, toca a degüello."

Esa arma histórica en nuestras luchas emancipadoras, que brillara bajo el sol tropical de nuestra querida Cuba y en medio de nuestras verdes campiñas a la voz de: "Al machete, cubanos", "A la carga", "A ellos, que son pocos", y que sirvió tantas veces para cumplimentar las órdenes de los jefes de avanzar hasta pechar con el enemigo... todo por la independencia de la Isla.

Para ver luego a jóvenes "BIEN", adinerados y doctores, asociados a centros extranjeros, contribuyendo a sus sostenimientos, mientras los Ateneos y Círculos Cubanos, que no tenemos a derecha ninguno, mueren de inanición.

Menos mal que a otros los vemos en Instrucción Pública, velar por la Escuela y defenderla del Clericalismo. A un General, que a su paso por ese Centro supo mantener a raya a la saya negra, que pretende manejar este ramo del Estado laico, apoyado a lo mejor por representantes que solicitan diplomáticos para el papado y que la religión católica sea la oficial del Estado contra el programa de la Revolución, de espíritu laico, y que esos señores, en su vida han leído, sentido y mucho menos estimado, sin contar otra labor, la de que puedan obtener la Universidad y el Instituto para, a lo mejor, enseñar a sus discípulos solamente la vida de San Antonio, lo que debe depositarse en los cepillos de las iglesias, y la del Rescate de Sanguily por Agramonte y la gran obra de la Invasión, relegadas al ol-

vido; y si se trata, de manera sencilla, ligera, para llenar las formas y aludiendo a los alzados, cuyo jefe fuera el mulato Maceo, y que Cuba es un Protectorado americano, y el célebre proyecto de que Cuba diplomáticamente estuviese representada en el Vaticano.

Sabemos de cómo se disuelve una institución, pues nuestras prácticas colectivas, desde la escuela, en la guerra, en la casa, en la Masonería y los I. O. O. F., nos han obligado, velando por ellas y nuestro espíritu de asociación, a estudiar esos procedimientos para contrarrestarlos, y por eso afrontamos estos datos a ver si logramos algo en defensa del futuro de nuestro pueblo.

Una sola vez hemos hecho política militante en nuestro País y de ella salimos asqueados, pero nunca hemos dejado de votar para poner con nuestro "inri" la ceniza en la frente a los malvados, no votando por ellos y sí por los que hubiesen merecido nuestra selección para bien de todo el procomún.

De estas impresiones, habrá apreciaciones distintas, pero sólo nos ha impulsado a escribirlas nuestra buena fe, de corazón a corazón, sin hipocresías, sin prejuicios e hijas de nuestras observaciones y como datos para la historia patria.

Así se condujo ideológicamente Martí, actuando Maceo, con su carácter Gómez y su desinterés Aguilera, Céspedes y Palma y tantos más que todos conocemos, que por senda tan noble tratamos de seguir a pesar de las ingratitudes, envidias, pero impulsados por el más vivo deseo por llegar a la meta de los sueños de esos mentores.

Olvidando como se nos calificaba de bandidos, feroches, pero a la vez arrasando con las mujeres y los niños, destruyendo sus ranchos y asesinando al campesino indefenso e insultando a las familias en las poblaciones que sabían tenían algún miembro de ella en los campos de Cuba, haciendo por su tierra hasta lograr verla libre de su yugo opresor, pero no perdonando y recordando a la vez los gestos de los Capdevila y Sandoval.

Aspiramos a que la ideología mambisa se afiance. Que nuestros Tribunales se mantengan incólumes. El Ejército sea lo menos posible y el defensor de la ley y de su pueblo. Que haya muchos maestros y menos mandarines. Que se imponga la ley a la espada; y por eso, sin presumir de literato, es que nos atrevemos a poner este granito de arena por la paz, el amor y la verdad en Cuba, para que el futuro sea venturoso, de acuerdo con el dictado de los progenitores y para tranquilidad de nuestras conciencias y espíritus de buenos ciudadanos. Rectifiquemos y sigamos hasta lograrlo, y ahora les toca hablar a ustedes, queridos lectores.

Angel E. Rosende,
Capitán del E. L.

EL TITULO DE ESTE LIBRO

Cuando éramos muchachos e íbamos al "monte" a pasar días de vacantes, en fincas de familiares o amigos, en nuestro Camagüey, cosa muy natural y típica de entonces (más de 50 años), tuvimos muchas ocasiones de observar que los guajiros al levantarse por la mañana tenían la preocupación de no enfangarse los bajos de los pantalones y no dejárselos mojar con el rocío de la hierba y lo evitaban algo, amárrándoselos y con ello levantánselos un poco con una tira de yagua que ellos llamaban arisca, y así lo hacían con bastante resultado apetecido.

Por cierto, que cuando un guajiro cubano de antaño en su sencillez y naturaleza notaba que otra persona se cortaba o ciscaba, decía en el acto: ¡eeeee!, cogió arisca; nosotros suponemos que sería por que la yagua a medida que pasa el tiempo y se seca se encoge después de caida de la mata de palma, de la que en tan bello árbol criollo y como parte de su hoja forma también parte principal e interesante de la majestuosa palmera cubana.

También, y esto que no se tome como una perogrullada, apreciar cómo entonces y hoy también, aun se usa en el campo la yagua para techos y paredes de los ranchos, para los tercios de tabaco y para los catauritos de mazos de tabacos que con un número determinado de unos cuantos y buenos de fumas de las mejores hojas y bien escogidas, torcidos admirablemente, se vendan en nuestra tierra con gran estima para el cubano y extranjero, y no digamos nada de los otros catauros para las viandas y hasta cargar agua del río a la casa.

Nosotros en nuestra Cuba Libre, en media de tanta escasez y faltos de todo recurso de la vida civilizada y como ingente sacrificio y más por la misión de la libertad y fundación de una patria soberana nos valíamos de cuanto la naturaleza en Cubita bella tenemos.

Recordamos un cuento de nuestra abuelita que su esposo del 68 le había contado del Marqués, quien no teniendo qué comer un día apeló al cuero de un taburete o asiento y cuero y cedro, como almuerzo, después de haberlo cocido perfectamente y "se lo metieron"...

Pues bien, nosotros en el 95, siguiendo todas esas sendas de recursos y abnegación y conformidad, velando siempre por lo que allí de dignidad y esperanza nos mantenía hicimos uso mucho de la yagua.

Que nuestro compañero Quirino hacía un dominó como exponemos en otro capítulo y por simpática anécdota, pues en el acto a bus-

car una yagua lo más recta o plana posible para la mesa y a jugar al dominó se ha dicho.

Que se acampaba, pues a buscar una yagua para el techo del pabellón (nosotros con una pequeña teníamos).

Que no había papel, como casi siempre pasara, para... un cigarro, pues a la yagua, que lo daba magnífico y de color chocolate oscuro, de buen efecto a la vista y casi también como si fuera de papel de cigarro de berro o brea...

Que se hacía un ajiaquito, venga una yagua bien apropiada con lomo gordo y hondo y ya teníamos la fuente para ello y su caldito.

Para el agua ni se diga, una yagua, dos pasadores de gajos finos de un árbol, pues ya estaba el cubo, que hasta servía para los baños de asiento, cura del pujo, y también para las *ñáñaras* que producían los ramalazos de los gajos de los árboles al caminar y las picadas de los abujes y otros bichos que abundaban por la manigua y que las piernas y otras partes del cuerpo nos ponían así de las picadas.

Que no teníamos hamacas, pues una yagüita al suelo y ya estaba la cama.

Que no teníamos sábana o frazada, pues unos manojitos de yerba paraná o paral por encima o espartillo y además una yagua y así de paso se contrarrestaba el efecto del sereno y la luna y había algo de calor en tiempo de frío, y esto en cada caso de una manera distinta y el tiempo y lo que se nos dejaba a veces hacer por el mucho "oldao" atrás y si había las yagüitas a mano, pues nosotros más bien estábamos siempre alertas caminando, explorando y fajándonos y con la táctica del Viejo Gómez, que era esa y para hacer caminar al GRINGO, a ver si reventaba de una vez como ciquitraques, y nosotros al pelo y sintiendo alivio fuimos pasando el tiempo hasta el 98, y siempre con fe y esperanza, como en 1902, y ahora, si no con yaguas y aunque casi lo mismo, pero luchando con decoro y por la patria libre, soberana y feliz contra taton bribón a veces que laboran por lo contrario.

A nosotros no nos hizo mucha falta para el *fumao*, pues nunca tuvimos ese vicio, pero en cambio comíamos dulce. Cuando teníamos hojas de tabaco las cambiábamos por viandas, pues ese vicio pudimos observar también desesperaba a los compañeros que lo tenían, que a veces fumaban con papel de periódico y de cualquier hoja a mano que ellos, secas, se hacían la ilusión eran de tabaco, como las de guayaba por ejemplo, así mismo, sí, señores guerrilleros de entonces y ahora... amos de los grandes almacenes y voluntarios del 71.

Esto se hacía con la yagua, al correr de nuestra imaginación recuerdo grato y triste a la vez de nuestra odisea mambisa y la memoria que no nos es muy infiel que digamos y por ello late el corazón con el mismo empeño de cuando oíamos al Marqués antes de comenzar la contienda, al Viejo Gómez, ya en ella dirigiendo la lucha y ahora en Cuba Libre, Independiente, Soberana y bajo la dirección de un gobierno cubano luchando contra las eventualidades de la realidad.

Nosotros nos fijamos en nuestra yagua cuando nos quedamos sin sombrero y de ella nos hicimos uno, que en otra nota lo hemos referido y ahora nos toca decir que por esto del sombrero de yagua y que en la guerra tuvimos y nos patentizara como el primero del 97 el General en Jefe, es que hemos denominado así este libro, segundo tomo de nuestras memorias de la guerra: *Con Sombrero de Yagua.*

Este sombrero era sacado de la parte fina de la yagua, que por cierto se asemejaba al de los Quintos Españoles. El caso era cubrirse la *chola.* No creemos que fuera fracaso por aquello de que el imita fracasa, no que fuera indigno por ser del enemigo, pues entre esos soldados de España, mientras había un Weyler también había un Prim, un Pi y Margall, un Capdevila y un don Angel Rosende Cañellas, que por los apellidos bien se ve al gallego puro que era mi abuelo y fué amigo de Joaquín Agüero.

Este sombrerito tenía el inconveniente de secarse con el sol, pero mojándolo a menudo se arreglaba y sufría más esta consecuencia cuando se estaba de guardia, y si de centenila, más puesto, que eran cerca de dos horas sin poderlos remojar como en las marchas o en el campamento, que hasta de jícara y para beber agua a la vez servía.

Así era la guerra, como vamos enumerando por este libro, en lucha larga y tenaz mientras gozan a lo mejor los guerrilleros de entonces y los llamados por Iraizoz de la Paz, los que nada sienten por Cuba más que el "pegao al soconusco", los que al terminar un discurso dicen: "Martí o Maceo, Máximo Gómez, Céspedes", para el aplauso, y cuando de veteranos se trata los miran con recelos, pero es abochornados ante la realidad que no supieron entonces hacer nada y ahora mucho menos.

La historia, aunque tarde sabrá para los redentores hacer justicia, y nos basta a nosotros con que nuestros hijos así lo reconozcan.

Ya lo dijo Martí. Estos y Esos, y ahora compatiotas que viva la Yagua de recuerdo y veneración por el valioso elemento y servicio que nos prestara en la manigua heroica y con nuestra conciencia tranquila de viril y sinceramente haber hecho por Cuba.

PROCEDENCIA DE MI PSEUDONIMO

En la ciudad de Camagüey, mi pueblo natal, después de recibida la instrucción primaria en el Colegio San Carlos, que dirigía el señor Ricardo García (q. e. p. d.), en septiembre de 1890 me matriculé como alumno del primer curso en el Instituto Provincial de Camagüey, terminando el quinto año del bachillerato en 1895, y como es costumbre de los padres hacer a sus hijos un traje al sufrir exámenes, a mí por estos últimos me hicieron el mío, que era, recordamos, de chaviot negro, precisamente con el cual me fuí a la guerra y engrosé las filas del E. L. de Cuba.

A los pocos días y con permiso de mis jefes pasé por los alrededores del Central Lugareño, donde radicaba como empleado mi tío Arturo Agramonte (alcalde de barrio de la localidad), con idea de tener el gusto de verlo y me facilitó un par de botas de becerro amarillo y un sombrero de jipijapa.

Incorporado nuevamente a mi fuerza y estando acampado en el Plátano reorganizando las fuerzas el General en Jefe, me destinó a prestar mis servicios como soldado del Regimiento Expedicionario que volante fué formado expresamente para operar siempre a las órdenes inmediatas del Generalísimo, mandado accidentalmente por uno de sus ayudantes: el comandante Benjamín Sánchez y Agramonte, por ausencia del jefe en propiedad, hermano de éste, el también comandante Armando Sánchez Agramonte, que estaba herido en un brazo del combate de Saratoga (hoy General del E. L. y ex-Jefe de Policía de la Habana).

Tocándome el primer pelotón del segundo escuadrón que mandaba el teniente Francisco Benavides Luaces (Faico), que más tarde falleció en acción de guerra de teniente coronel del E. L., en Camagüey.

Entre los soldados de mi pelotón había uno de edad bastante avanzada, muy vivo, valiente y procedente del 68 que siento no recordar su nombre, pero sí que le decían el Bayamés como hijo del heroico feudo de Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera y Perucho Figueredo.

Parece que la falta de hábito en tener siempre puestas las botas de montar al andar lento a caballo, como eran las marchas; el calor que producían en las piernas y con el pantalón negro, las referidas botas me produjeron hinchazones que no me permitían caminar naturalmente sino cojeando, lo que fué o sirvió de pretexto al referido bayamés para decirme Mayía, fundándose en que aparte de mi coje-

ra me parecía al general Mayía Rodríguez, José María Rodríguez, pues éste andaba siempre vestido de negro; sombrero jipijapa, botas amarillas y era cojo pero con mayor gloria, herido de bala enemiga en el campo de batalla como resultado de su valor y su gloriosa actuación militar en el Ejército Libertador y peleando por la independencia de Cuba.

Desde entonces se me siguió diciendo Mayía (para mí de gran honor); se me conoce por todos los compañeros que han pertenecido a las Escoltas y Estado Mayor del Generalísimo Máximo Gómez, donde presté mis servicios desde soldado hasta capitán y en todo lo cual me he fundado para usar el pseudónimo de *Mayía*.

MI SALIDA PARA LA GUERRA

El general Pedro Mella y Montenegro (q. e. p. d.) era Gobernador Militar de Camagüey y venía empleando gran habilidad en la política con respecto a los desenvolvimientos de la Isla de Cuba en aquel entonces, hacía política mesurada y a lo Martínez Campos, con quien estaba de acuerdo en ella y con sus procederes de militares dignos y caballerosos, dándose cuenta exacta de que luchaban con un pueblo que sólo aspiraba á su independencia.

Avisó a ciertas personalidades de la ciudad que estaban comprometidas en la conspiración, poniéndoles plazos perentorios para que abandonasen la Isla.

Requirió al coronel Landa, jefe de una columna, a su regreso de operaciones porque extremó la nota dando muerte a individuos que encontraba a su paso sin ser mambises.

Cuando llegó Martínez Campos vió la digna conducta observada por Mella para con los camagüeyanos, pues unos se habían embarcado, otros alzado en armas y engrosado las filas del E. L.

El Marqués de Santa Lucía, que hasta en los más mínimos detalles dirigía el movimiento, fué llamado por Martínez Campos para que le respondiese y ayudase a guardar el orden, a lo que le contestó tan venerable anciano y patricio de la libertad en Cuba: "que sí, pero que respondía de ello solamente con su cabeza".

Recuerdo cuando tan venerable patricio, a la salida de las clases del Instituto donde yo cursaba el Bachillerato, se dirigía a los estudiantes y nos hablaba de libertades, nuestras luchas por la independencia durante la heroica jornada del 68 y sus mártires Aguilera, Céspedes, Agramonte, Agüero, fué la última en los salones del Liceo, donde nos llevó a cerca de 30 que en grupo tan numeroso oímos sus proezas.

Como las primeras fuerzas españolas que llegaron de España no habían estado en Cuba, cada vez que regresaban de operaciones sufrían infinidad de bajas por ser atacados de fiebre amarilla y durante la aclimatación, que así llamaban, razón por la cual se llenaban los hospitales militares de enfermos.

En el principal, que era el Hospital Militar (hoy Civil), había empleado un amigo de mi familia, el cual, como niño que era y como para coger frutas y flores de sus jardines y de sus grandes patios destinados para ello, me dejaba entrar, lo que yo hacía con gran frecuencia y franqueza hasta el extremo de andar por todos los departamentos, incluso el destinado a guardar las armas, parque y mochi-

las de los soldados que al regresar las columnas de operaciones allí dejaban los enfermos.

Al ver tanto parque, yo lo comuniqué a la familia de don Carlos Guerra y su esposa la señora Matilde Massaguer, que vivían entonces en la calle de la Reina y donde había un centro de conspiración, y acordamos en una faja de rusia que al efecto me hicieron que yo sacase el parque, lo cual vine efectuando por mucho tiempo y entregando al propio don Carlos en su establecimiento de zapatería que tenía en esa propia calle esquina a la de Santa Rita, cuyo parque él luego destinaba al campo revolucionario y sus soldados libertadores.

Enterada de estos mis movimientos mi querida madre, sin darse por aludida determinó mandarme al Ingenio Senado, para que aprendiese con mi tío Alberto Alvarez a maestro de azúcar, pues este tío mío, ingeniero y químico, era el jefe de la casa de calderas del Central tan importante, como foco revolucionario y por donde merodeaban los primeros alzados en armas.

Al poco tiempo, notando mi tío mi entusiasmo por la revolución e identificación porque los que pertenecientes al E. L. andaban por esa zona, para salvar responsabilidades determinó también mandarme para la ciudad de Camagüey, comunicando a mi madre sus sospechas.

Y pasé a Camag&ey, y como a los varios días persuadí a mi buena madre de lo contrario, me dejó ir otra vez al Ingenio para seguir aprendiendo y embarqué a las seis de la mañana en el tren que une a dicha ciudad con la de Nuevitas.

Llevaba mi maleta y me auxilió durante el embarque José Comas, pariente de la familia Guerra, donde preparé mi equipo, compuesto de hila, yodoformo, una cartera, una escarapela, un par de zapatos de campaña, ropa y un revólver con su parque calibre 32, del teniente del Regimiento de Caballería Hernán Cortés, señor Antonio Verda, a quien se lo llevé abusando de la confianza y amistad que teníamos.

Durante el viaje me senté en una esquina del carro de pasajeros y en otra puse la maleta por si la sorprendían negar que fuera mía. Llegué a Minas, me encontré con mi amigo, paisano y compañero Adalberto Díaz (hoy Capitán del E. L.) y le dije: "Coge mi maleta y llévala para la maquinita que nos ha de llevar para el Ingenio y ten cuidado que traigo mi equipo para marcharme para la guerra y me la llevas a mi cuarto para que mis tíos Alberto Alvarez e Isabel de Zayas no sospechen nada y mucho menos mi abuelita y madrina Isabel del Castillo viuda de Zayas.

Mientras salía la maquinita, estuve hablando con el español Lamas, rico comerciante de Minas, capitán de Voluntarios, conocido nuestro y que también tenía amistad con nuestra familia.

Al fin salimos, llegué al Ingenio, me presenté a mis tíos, los cuales medio que se sorprendieron; yo les convencí de mi más vivo deseo de seguir trabajando, todo contrario a lo que pasaba por mi mente y corazón.

Me fuí a mi cuarto en el departamento de empleados, me equipé con todo lo de la maleta y un machete que me habían arreglado en el taller del Ingenio y en un tren de los de tirar caña del batey y que salía en esos momentos (era el mediodía) y que iba en dirección de la Colonia Carmita, del señor Torcuato Silva, punto que ya conocíamos y donde se encontraba una fuerza acampada, embarqué, incorporándose al jefe de dicha fuerza, perteneciente al Tercer Cuerpo, teniente coronel Luis Suárez; también se encontraban allí el alférez Alfredo Alvarez, el capitán Juan Bueno y otros.

Durante nuestra estancia en este lugar de gloriosa recordación para nosotros fuimos solícitamente atendidos por el señor Silva y su hijo, más tarde libertador y hoy Senador de la República por Camagüey: Adolfo Silva.

El Celador de Camagüey, señor Tomés, desde Minas y por teléfono me llamó al Ingenio, pues tenía orden de prisión contra mí, para que lo viese y hablando con él resolver satisfactoriamente mi situación; parece que él se figuraba yo seguía trabajando en el Ingenio. Cuando me dieron el recado por pura ocurrencia de los amigos, ya nos encontrábamos en plena manigua libre, en el campamento de la Carmita, y encargué se le informara de ello a ese buen señor.

Luego, buscando caballo y montura, me hice de una y uno, buenos, pertenecientes por cierto al señor Aguila, colono importante del Ingenio, a lo que enterado ese señor objetó que ante lo que significaba la guerra, ser yo un muchacho y lamentando la baja de su caballo y la de su manclera, dijo (esto indignado por el momento, pues era este amigo un buen cubano): "Ese culichiche se presenta." (Frase vulgar de la gente del pueblo.)

A los pocos días después de salir de la simpática Colonia Carmita, donde pasamos tan buenos ratos y fuimos tan magníficamente atendidos, tiroteamos los fuertes de Minas y partimos al Cuartel General del Tercer Cuerpo, cuyo jefe era el general Manuel Suárez y su jefe de Estado mayor el comandante Rogerio Mora (Morita). Me incorporé a la Escolta, seguimos marcha hasta el Lavado, donde estaba el Gobierno y la expedición que acaba de desembarcar del coronel Braulio Peña; después estuvimos en el ataque a la Zanja, de allí pasamos por los alrededores de los Ingenios Senado y Lugareño, en el primero de éstos tuvimos nuestras escaramuzas con la guerrilla de Minas; recuerdo con tristeza la baja que tuvimos, la de Armandito Marín, compañero de infancia y colegio que fué muy buen amigo mío.

El general Suárez salió con una parte de la columna y yo con permiso de él me quedé con la otra, que la mandaba el general Carlos Agüero, el cual me permitió ver a mis tíos y abuelos que estaban en el Senado y en el Lugareño, Arturo Agramonte y Julio de Zayas, los cuales me completaron mi equipo, que ya tenía algo estropeado.

Pasé la Trocha de la línea de Nuevitas a Camagüey y llegamos a Saratoga en momentos que el General en Jefe dirigía su combate contra la columna del general Jiménez Castellanos y sus tres mil soldados; terminada tan importante acción pasamos al Plátano, donde

fuí destinado al Regimiento de Caballería El Expedicionario, que accidentalmente mandaba Benjamín Sánchez Agramonte, ayudante del General en Jefe, por encontrarse herido el jefe en propiedad, el también comandante Armando Sánchez Agramonte, herido el día anterior en el combate de Saratoga.

Comencé a prestar mis servicios en el segundo escuadrón que mandaba el teniente Francisco Benavides Luaces (Faico) y éste y sus clases, soldados y oficiales tuvieron siempre para conmigo múltiples deferencias.

Un soldado de los de mi pelotón, viendo que me había encojado en la jornada, que no recordamos su nombre y que lamentamos profundamente, pero que le decían el Bayamés, me dijo que me parecía a Mayía, y cuando tuve el placer de conocer a este jefe de la revolución me convencí de ello, pues dicho General andaba siempre vestido de negro, con botas amarillas, sombrero de jipijapa, y como yo me había encojado y andaba con idéntico traje, pues aun conservaba el traje negro con que salí y que fué el que me hiciera para mis últimos exámenes del Bachillerato, fué el fundamento que tuvo el Bayamés para decir que me parecía a ese general Mayía (honor para mí), y hasta el presente se me conoce por Mayía entre los compañeros de guerra de las Escoltas y Estado Mayor del Generalísimo, del Regimiento Expedicionario y otras fuerzas del E. L.

Este Regimiento Expedicionario operó siempre a las inmediatas órdenes del General en Jefe, para lo cual fué formado y en el que ingresé de soldado, terminé de capitán y así honrado con ello tuve el gusto de saludar al señor Aguila en el Ingenio Senado al terminar la guerra en 1898, con mi conciencia limpia de haber cumplido con mi deber y con el honor de haber sido capitán del E. L. de mi patria y de la Escolta del Generalísimo.

EL REGIMIENTO EXPEDICIONARIO

"La República para todos; pero dirigida por los leales que hayan pagado y merecido su cubierto."—Martí.

En 1895 invadía el Generalísimo Máximo Gómez la región camagüeyana, uniéndose a las huestes que comandaba el venerable patricio Salvador Cisneros, Marqués de Santa Lucía.

Lo escoltaban fuerzas compuestas de aguerridos orientales mandados por el valiente Paquito Borrero, que cayó a los pocos días en el heroico ataque y toma del poblado de Altagracia (simpático e histórico pueblo que en la paz nos honrara con el cargo de Delegado de los Veteranos, nuestros queridos compañeros de armas, y ante el Consejo Nacional de Veteranos, y por lo tanto representante de tan buenos compañeros y paisanos, que desempeñamos en ese mismo Consejo, por la patria de Agramonte, nuestro querido terruño).

De acuerdo con la Constitución de Jimaguayú (lugar sagrado donde cayera dignamente por nuestra causa el mayor general Agramonte de lema vergüenza), comenzó a reorganizar el Generalísimo su escolta, entrando a formar parte de ella infinidad de hijos del suelo donde viera la luz Joaquín de Agüero, contándose entre ellos el sargento ordenanza de Goyo Benítez en la guerra del 68, que siendo un niño desempeñó el cargo, Bernabé Boza, quien ascendido a alférez por reconocimiento del grado inmediato como estaba instituído fué nombrado el jefe de la Escolta del General en Jefe.

Salieron los invasores hacia Occidente y terminada la obra monstruosa de la invasión el titán Maceo se quedó sosteniendo tan grandiosa acción en los remates de Guane, Pinar del Río, y el Generalísimo tomó rumbo a Oriente en reorganización, busca de refuerzos para Occidente y revista de todas las demás fuerzas de la República.

Mientras esto ocurría en Camagüey el comandante Armando S. Agramonte, hijo del célebre Diputado de la Cámara del 68, Francisco Sánchez Betancourt (El Cao), uno de los jefes del Regimiento de Caballería Agramonte organizaba el Regimiento de Caballería que se le llamó "El Expedicionario", para reforzar las fuerzas del General en Jefe, el cual unido a éste fué aceptado como un Regimiento de fuerza volante para operar siempre a sus órdenes, lo que así fué ocupando siempre la vanguardia y demás puestos de confianza y peligros hasta la terminación de la guerra, de cuyos componentes salieron infinidad de jefes, oficiales, clases y soldados valerosos y verdaderos patriotas.

En Camagüey lo demostraron durante las acciones de Desmayo, Lugones, Saratoga, Conchita, Cascorro, Guáimaro, Machucas, Faro y Purísima...

En las Villas, en Juan Criollo, Reforma, Santa Teresa, Majagua, Casitas, Guayacancitos, Hoyos, Tamarindo, Gloria, Veguitas, Jagüeicito, Hondonas, Ranchuelo, Esperanza, Papaya, Olivas, Casa de Tablas, Laurel, Arroyo Blanco, Ramones, Delicias, San Marcos, Trilladeritas, Punta Alegre, Mayajigua, Chambas, Jatibonico y Blanquizal.

Se desarrollaron y fueron teatro esos campamentos, esos lugares y esos puntos de acciones de todos los combates, escaramuzas, emboscadas, asaltos, encuentros, tiroteos, guardias; exploraciones; escuchas, vigías; ataques y tomas de pueblos sin contar la consiguiente hambre y miles de privaciones, como falta de ropa, comida, sal, equipo, caballos, café (traguito caliente indispensable por la mañana), en que tomaron parte y sufrieron sus componentes tan abnegados como valientes de este regimiento de caballería "El Expedicionario" y reconocidos luchadores por nuestra independencia con la exposición de sus vidas y valor estoico.

¡Cuántos yacen en esos campos de Cuba Libre que perecieron dignamente, unos de hambre, otros de enfermedades y los más de heridas en pleno combate, todos sucumbieron por nuestra libertad, hoy muchos casi ignorados, para que a costa de esos sacrificios estén gozando en nuestra querida patria de Cuba Libre de la bienandanza de la paz y recogiendo el fruto inmerecidamente que aquéllos cosecharon con su abnegación.

Aun recuerdo tantos por mis notas, como en mi memorio, el nombre de los heridos: Quirino Rodríguez, Benjamín Fornes, Esteban Bauta, Alfredo Alvarez, Benjamín Sánchez, Francisco Benavides, Miguel Casas Miguel Peyrellade, Miguel Barreto, Pedro Fernández, Manuel Jiménez, Rafael Peláez, Manuel Ramos, Gabino Madrigal, Aurelio Conde, José María Varona, Francisco Ramos, Vidal Cabrera, Felipe Avilés y Armando S. Agramonte, nuestro querido jefe.

Muertos: Antonio Caballero, Francisco Benavides, Adalberto Piña, José Gómez, Luciano López, Eladio Iraola, Pedro Sanzá, Luis Aranda, Gustavo Agüero, Antonio del Río y Antonio Caballero...

Se puede contar presentándolo también como otras pruebas de méritos de este Regimiento que ha contraído para con la patria y por lo tanto eficaces servicios militares, cubanos dignos de encomio y su constancia de haber estado siempre en puntos de peligros, el haber perdido infinidad de caballos, citando, por ejemplo, uno solo de esos hechos, el de Juan Criollo, donde avanzó hasta pechar con el enemigo por orden del General en Jefe y donde perdió cerca de 30 caballos, heridos y muertos... (Entre los muertos el mío.)

La Historia se encargará de hacerles justicia...

UN VETERANO, UN REGIMIENTO Y UNA ACCION: LAS DELICIAS

Entre los jefes del E. L. figuran algunos que por la cuna de su nacimiento, antecedentes de su familia de abolengo revolucionario, prestigios y bueno nombre adquiridos, por sus hazañas, acciones, honradez y valor debieran estar por las cumbres y ser millonarios a juzgar por los que sin ninguna de esas bellas cualidades y sólo por su audacia, osadía, cinismo, si se quiere, así como haber sabido gritar, han conseguido lucir entorchados y vivir en palacios.

Como uno de esos modestos de virtud y honradez en calidad de ciudadano, buen amigo y mejor hijo, figura el general Armando Sánchez Agramonte, para gloria de Cuba y honor suyo ex-Jefe de Policía de la ciudad dé la Habana.

Nació tan caballeroso y generoso General en la ciudad de Camagüey, patria del mayor Agramonte.

Su señora madre, Concepción Agramonte, es viuda de una de las más sobresalientes figuras de Cuba y preclaros patriotas del 68 que figuró como todo un carácter en la Cámara de aquella épica jornada.

Conchita vivió tranquila y satisfecha como ella se merece, pues sus hijos han sabido honrar la memoria del autor de sus días, que se llamó Francisco Sánchez Betancourt.

Con el Marqués de Santa Lucía se pronunció "Manducho" en Camagüey el año 1895. Designado capitán le fué encomendado el mando del segundo Escuadrón del Regimiento de Caballería "Agramonte", tomando parte principalísima en todas las acciones que se efectuaron en tan importante región.

Organizó el Regimientot de Caballería "El Expedicionario" en la primera acción que tomó parte, en el año 1896 fué el grandioso combate de Saratoga, donde fué herido en un brazo.

Curado y tomado el mando del Regimiento ocupó la vanguardia del Generalísimo hasta el 98, que fué designado para mandar la brigada de la Trocha de Júcaro a Morón, dejando el resto del Regimiento diezmado por la campaña unido a la escolta del General en Jefe.

En los combates de Saratoga y Juan Criollo recibió órdenes del Generalísimo de avanzar hasta pechar con el enemigo, pero en el de Las Delicias, que nosotros también estuvimos y pudimos apreciarlo como en el de Saratoga y Juan Criollo, demostró su pericia y sere-

nidad; lo hicieron actuar de acuerdo con su valor y las circunstancias como hijo de sus conocimientos y el concepto que tenía del deber y el sentimiento de la patria y por la patria que siempre ha abrigado en su corazón y lo dispuesto que estaba siempre también a ofrendar la vida por sus semejantes, así como sus antecesores lo supieron hacer.

Acababa de ser relevado de mi guardia y luciendo mi sombrero de yagua que por haber sido el primero que lo usara en esta guerra el Generalísimo me había concedido la patente, almorzaba en el pabellón juntamente con los compañeros de pelotón comandante Alvarez y capitán Bauta, cuando sentmos el fuego en dirección de una de las avanzadas, y acto seguido nuestro jefe, dándose cuenta del peligro nos ordenó ponernos en son de combate, lo que aun no habíamos acabado de realizar cuando ya el enemigo nos atacaba en nuestros propios pabellones y entre ellos, cómo no, sí señor, el mismo mío donde Bauta y Alfredo comíamos guayabas pasadas y con gusanos pero que estaban muy sabrosas y que hay que decirlo, los valientes soldados de caballería española venían envalentonados por su arroyo a la guardia, compuesta de corto número como es natural, haber matado a algunos y los otros avisado con sus tiros al campamento, como era su deber, que sufrieron tres bajas.

Pero he aquí la hazaña de nuestro jefe, que con su regimiento se bate a la desesperada, no mediando más distancia entre los unos y los otros que un arroyuelo, logra contener al enemigo, rechazándolo por completo y dando lugar con ello a que desde el Generalísimo hasta el último asistente, todos, pero todos recogieran sus equipos, montasen a caballo y se pusieran en la línea del combate fiero, tenaz, y de triunfo para el E. L., cómo no.

El enemigo no logró, por lo tanto su intento; se retiró para San Marcos, y sin reconocer el campo de batalla, del cual quedamos dueños nosotros hasta el oscurecer.

Por esta acción, como por las de Saratoga, Juan Criollo, Demajagua, Reforma, Santa Teresa, Guayacancito y otras más recibió calurosas felicitaciones el General en Jefe, del cual era aquél el jefe de su vanguardia.

Acampados en la Jagua, donde pudimos apreciar que de 50 a 87 tiros habíamos disparado, los que desde el comienzo tomamos parte en la acción, como de las dos de la tarde hasta casi de noche que se terminó y que fué de caballería con caballería y del cual sólo resultaron las bajas de los de la guardia enumerados y dos heridos en el combate.

Al día siguiente merodeaban por nuestros alrededores tres columnas más; la táctica del Viejo Gómez se imponía, burlándose una vez más, y nos preparábamos al nuevo ataque con el auxilio de la valiente infantería del coronel Estrampes; saboreamos por primera vez la exquisita carne de caballo y un maíz seco quemado en la candela y luego algunos pedazos de un burro que también sacrificamos en favor de nuestros estómagos necesitados, todo por esos potreros de tan buenos pastos, como aquellos que se extendían frente a la Sierra y

por las márgenes del río Jatibonico y zonas de Remedios y Sancti-Spíritus.

Proezas como las señaladas en este bosquejo biográfico, cuéntalas en su historia el general A. S. Agramonte por centenares, pero su modestia le hace aparecer entre los menos.

Los átomos detractores de toda actualidad pero gigantes para pegarse a las comisiones donde no trabajan y al sabroso presupuesto, pueden tomar nota y más aun enterarse con los jefes del E. L. José Miguel Gómez, F. Freyre de Andrade, Domingo Méndez Capote, y coroneles C. de la Torriente, Ferrara, de su actuación en la guerra y en el Cuartel General.

De su actuación administrativa durante la paz, harto conocida es de sus amigos y adversarios.

Alcalde en Camagüey, alto empleado en la Aduana de la Habana, Hacienda, Intervención General del Estado, Jefe de la Pagaduría del E. L. en época de Estrada Palma, Jefe de Policía, Director de la Renta de Lotería, que lo escogió para ello, y ya sabemos cómo era ese austero para el manejo de la cosa pública y cómo sabía escoger los hombres de pericia y honradez para poner en sus manos el manejo del erario público, tan sagrados para él, aunque no así para los ambiciosos; y a ello ¿cómo correspondió Sánchez Agramonte?, pues pagando el primer 50 por ciento a los libertadores sin nota desagradable alguna, como durante su estancia en los demás cargos.

LAS GUARDIAS

Esta parte peligrosa de la revolución, es una de las que más recordamos. No olvidaremos nunca esos momentos de centinela, sobre todo las primeras veces que hicimos nuestros turnos.

La guardia era la exposición constante de los pocos hombres que las componían, en defensa de la gran mayoría del Cuartel General, el estudio de los planes futuros, el descanso y la comida, como la espera de acciones y movimientos contra todos, del enemigo.

En un punto estratégico siempre se nos colocaba, es verdad y de mejor posición para nosotros y el cuidado del campamento, pero siempre peligroso y de honor y suma confianza, cuidando de los caminos que conducían a la casa del cuartel y del jefe con los demás compañeros.

El jefe de la guardia, tenía que vigilar constantemente. Dar la hora a cada centinela. Cuando había reloj, entre algunos de los componentes de la guardia, bien, pero si no a la naturaleza nos teníamos que acoger. Por la luna, por el sol, las estrellas, etc., y la intuición, al extremo que cuando amanecía, seguro que estaba en su puesto el último de turno. No había en ese extremo Cabo que se equivocase, todos lo hacían bien, hijo de la práctica, el sentimiento de compañero y deber impuesto, la hora del almuerzo, si había, que en fin, todo contribuía grandemente. El auxiliar de la guardia, con el jefe de día, trasmitía sus órdenes y le tenía al tanto de todo, perfectamente, manteniendo siempre en directa comunicación a la guardia con el campamento, hasta la hora del relevo, y así se desarrollaba este servicio tan excelente y necesario como los más, entre otros, de importancia y trabajo de la guerra.



EXPLORACIONES NOCTURNAS

Era por el año 97, cuando una noche, nos encontrábamos pernoctando por el Campamento de Anguillero.

Una de las guardias, por eviso del centinela de turno, al jefe de ella, éste a su auxiliar que en el acto lo comunicara al jefe de día, quien lo hizo saber al Estado Mayor y General en Jefe, que cerca a nuestro Cuartel General se habían sentido distintos toques de cornetas, dió lugar a que se llevara a cabo una de las operaciones más peligrosas de nuestra guerra emancipadora.

No queremos dejar de recordar lo que una guardia significaba, de exposición, ante su corto número y la misión delicada y digna de guardar a los demás en horas de descanso o preparación para alguna acción y la constante atención a todo cuanto oía y veía, sobre todo a la hora del reconocimiento o el alto a fuerzas a la vista.

En esta ocasión, de noche y lloviendo torrencialmente, fué tremendo, pero el soldado cubano no se arredraba ante mayores peligros y éste uno de ellos.

Después de la noticia y las precauciones consiguientes del Estado Mayor, Jefe de Día y el General, se ordena al coronel Armando Sánchez Agramonte, jefe del Regimiento Expedicionario, explorase esa parte, y el jefe escoge para ello a uno de sus oficiales más valientes, discretos y prácticos en estas cosas, como de suma confianza y patriotismo, y fué ese el capitán Américo Castellanos, que fuera quien nos recordara esta odisea más de la guerra y de nuestro Regimiento del Generalísimo.

El capitán Castellanos pide de su pelotón cuatro hombres y de buenos caballos, en el acto nos dispusimos nosotros y ya montado, nos dice Castellanos: "Mayía, quédate tú, que el asunto es algo delicado y eres muy chiquito o niño"; fué la frase, nos dice Castellanos, y que además este compañero como Bauta, Alfredo Alvarez, Enrique Díaz, Angel Riverón y otros por el estilo, como nuestros jefes el general Gómez, Sánchez Agramonte y Faico Benavides tenían siempre para los muchachos que estábamos en sus fuerzas, determinadas consideraciones, y eso hacía, que esos muchachos, nos picáramos más y entonces había que matarnos si no nos dejaban actuar... Parece, dice Castellanos, que nosotros nos picamos y como mi caballo era de primera, agradeciendo ese gesto de cariño a la vez, nos impusimos y formamos parte de los cuatro hombres, que entre ellos recordamos a Pajarito, otros dos, que lamentamos no recordar también; el capitán Castellanos y nuestros rifles bien preparados, pensando en Cuba Li-

bre y el salvar de algo, de asalto al campamento, etc., y fuimos durante esa noche, oscura, lluviosa y sin más fuerza que la de nuestros corazones y por caminos, veredas, potreros, etc., hicimos nuestras expuestísimas exploraciones, y al encontrarnos con una guardia y reconocernos, momento típico del servicio y de vida o muerte, recibimos la sorpresa de que fuesen cubanos los que allí se encontrasen y nada menos que la valiente y aguerrida infantería del general González Planas, uno de los jefes más aguerridos, honrados y activos de la guerra y del E. L. y de la brigada de Remedios...

Nos presentamos a este enérgico pero bondadoso y justo jefe, quien nos recibió con agrado, aludió a nuestro empeño y valor, nos entrega documento y justificativo de nuestra visita y regresamos, ya cerca de la madrugada, al campamento con la conciencia tranquila de haber cumplido con este acto más de guerra que realizara la cabeza directora y decidida de Américo Castellanos, camagüeyano de los buenos, que hoy con su familia sigue fiel a Cuba y su Libertad y a quien agradecemos el haber hecho estas líneas rectificadoras de nuestras Memorias de la Guerra y que ve la luz en *Con Sombrero de Yagua,* para honor de ese jefe, nuestro buen amigo y querido compañero de armas a quien dedico esta nota y para la historia de Cuba.

ODISEA DEL 97

Terminadas las organizaciones de los cuerpos de ejército de Oriente y Camagüey y después de las operaciones con grandes triunfos para el Ejército Libertador como la toma de Guáimaro y combates de Lugones, Conchita, Desmayo, determinó el General en Jefe la segunda invasión occidental y a fines del 96 pasamos la Trocha de Júcaro a Morón, habiéndonos antes preparado de buen equipo todos los componentes de las fuerzas del Generalísimo, entre ellos yo como sargento expedicionario, vanguardia del General en Jefe.

Mi caballo, del cual me hice en la región camagüeyana (mi pueblo natal), patria del Mayor Agramonte, era un potro de seis y media cuartas de alzada, de trote, dorado, de mucho brío, que mantuve en mi poder hasta el 1º de febrero de 1897, que en el rudo combate de Juan Criollo (Las Villas) me lo hirieron al principio y ya al fin me lo mataron, cuando después en retirada mi regimiento cumplía las órdenes del General en Jefe de avanzar hasta pechar con el enemigo. Entre los heridos recuerdo al capitán Faico Benavides, que en momentos que trasmitía las órdenes de sus jefes y las suyas apropiadas al momento crítico de la acción y con su machete en la mano fué herido en un brazo. ¡Qué gloria!

Más tarde, de teniente coronel murió en acción de guerra y en otro bravo combate en Camagüey.

Acampamos en el mismo Juan Criollo y yo logré hacerme de otro caballo, que se me cansó en la primera marcha, al extremo que me quedé a larga distancia de la fuerza, y al ser visto por una columna que iba rumbo a Sancti-Spíritus me cargó la guerrilla, teniendo tanto yo como otros compañeros que íbamos juntos en las mismas condiciones que abandonar los jamelgos, cansados y con nuestros equipos y monturas coger un monte cercano que fué nuestra salvación, pero a los tiros, los caballos cansados se sintieron también con fuerzas y espíritu de conservación, al extremo que siguiendo por nuestro camino o rastro y juntamente casi con los otros, se internaron en el referido monte también. Convencido ya de la retirada del enemigo y su desistimiento de seguir persiguiéndonos sin contar el mal rato que nos hicieron pasar los caballos, a quien por no saber que venían detrás nuestro, creimos que eran los soldados españoles o guerrilleros que habíanse internado en el monte tras nosotros, pero bien cerciorados de lo contrario nos echamos nuestras monturas al hombro, seguimos por la vereda de salvación, hasta que conseguimos nuevos compañeros tan nobles y valientes también, como era un buen caba-

llo, y cuando lo tuvimos fuimos nuevamente incorporados al Cuartel General.

Marchamos al otro día, mi compañero Enrique Díaz y yo, que siempre anduvimos juntos en igual pelotón, y después de esta marcha y haber acampado, salimos de raqueo o busca de comida, como decíamos los mambises, y nos encontramos con un ranchero que llevaba una jaca moro-melao de seis y media cuartas de alzada, a quien se la cambiamos por el penco que yo llevaba, y en ésta fué en la que logré pasar toda la guerra y desenvolverme en tanta operación, peripecia, trabajo, privación, que encierra la revolución y más de la índole que fueron las de los cubanos y de ellas enumeraremos algunas del 97 como sigue:

Acampados en la Majagua, se presenta el enemigo, se retira el General en Jefe para las Casitas y quedaron del Regimiento Expedicionario y escolta una sección para batirlos; nos retiramos a donde el Cuartel General y el enemigo por el centro nos ataca nuevamente teniendo que irnos a dormir a Limones, donde también comimos palmito y tomamos agua de fango de un pozo...

Al día siguiente pasamos por la Reforma por haberse retirado el enemigo que allí estaba, pero éste hace contramarcha y se nos presenta en el campamento, teniendo que repeler este fuerte fuego que tuvimos y nos retiramos para Santa Teresa, acampándonos en la parte Oeste del potrero porque la del Este estaba ocupada por otra columna enemiga. Al amanecer el día siguiente se entabló combate también, teniendo un muerto, que fué Mr. Crosby, periodista americano que se encontraba entre nosotros, corrió peligro el general Gómez al ser herido su caballo, y entre otros Madan y Benítez, valientes compañeros, fueron heridos.

A mediados del 97 estábamos en la Majagua; avisan los exploradores que de la Reforma viene el enemigo; se retira el General en Jefe deja una sección al mando del comandante Barceló(el negro Barceló, como le decíamos cariñosamente, admirándolo por su valor y sus amigos), compuesta de 19 hombres de la Escolta y Expedicioario, mi regimiento, formando yo parte de ella.

Llega el enemigo, lo tiroteamos escalonadamente hasta llegar al paso del río Jatibonico, donde emboscado el coronel Strampes con su brava infantería recibió a la caballería española que nos venía cargando y nosotros seguimos por el camino que conduce a los Hoyos, donde nos encontramos con otro enemigo y con el cual, en retirada, sostuvimos nuestra ligera escaramuza, siguiendo luego por el rastro de nuestra fuerza hasta Guayacancito, donde estaba el Cuartel General, y en momentos que el comandante Barceló y el capitán Varona daban cuenta de sus operaciones se rompe el fuego por las avanzadas y otra columna del enemigo que venía de Morón por los caminos que conducían a nuestro campamento, y podemos decir de este encuentro inesperado y terrible que se desarrolló teniendo solamente de por medio el río y que las balas de los españoles eran tantas que por el polvo y la yerba que está hecha trizas se asemejaba a una nube

que unida a la pólvora nos parecía estar envueltos en un grandioso incendio.

A fines del 97, faltos de ropa, sal, menos mal que había parque, se nos presenta en las Delicias una columna, al extremo que el enemigo seguro de acabar con nosotros no paró hasta llegar al centro del campamento, pero primero el coronel Sánchez Agramonte y luego de generalizado el combate que dirigiera el propio Viejo Gómez y disparando su revólver y en la retirada bravamente dirigida por el coronel Boza, la caballería española vió defrauda su esperanza y se retiró para San Marcos sin reconocer el campo.

La actitud muy peculiar de nuestro jefe de abnegación y heroísmos fué una de las impresiones más grandes que nosotros recibiéramos en la guerra, y después de esta operación pasamos a la Jauja y allí se mató por primera vez caballos y comimos, cómo no, el hambre no tiene fronteras, y además era humano sostenerse para sostener la patria, y por allí se nos ocurrió a nosotros el hacer un sombrero de yagua que me valió una llamada del General en Jefe al pasar un día por su lado y me regaló un pedazo de tela azul para que se lo pusiera en forma de cinta y patente por ser, según él, el primer sombrero de yagua que veía en esta guerra del 95, jornada de luchas por la independencia de Cuba, fiel continuadora de la del 68 y que él anotaba con gusto ver usar en su Cuartel General, a lo que después de la primera impresión que nos hiciera en llamada y ante el respeto que le guardábamos aunque nada malo habíamos hecho y después de lo que nos abrumó con ese honor, las frases de cariño que nos dijera alegre por nuestra ocurrencia, recobrar nuestra calma interrumpida por tan excepcional ocurrencia de ese "Viejo".

Un fuerte temporal que duró varios días nos permitió estar acampados, y de un cafetal cercano al lugar de las Delicias y por las sierras donde nos encontrábamos, cogimos bastante, por cierto que fué por esos días con unas calabazas duras, pues eran las llamadas de caballos, nuestro alimento, y cuando abonanzó el tiempo nos fuimos rumbo a la Majagua, y como yo llevaba un poco de café en grano me valió para cambiarlo a un guajiro pacífico o auxiliar de prefectura por un sombrero de guano y con ello relevar mi modesto cataurito de yagua hasta otra vez que se hiciese necesario tomar de nuestra gran fábrica (hoy de producto nacional e industria del país).

¡QUE BALAZO!

En una acción hieren al compañero nuestro Madan.

Este valiente soldado recibe la herida en la boca. Se dirige hacia los que estábamos cerca de él con la boca abierta en medio del fuego vivo e intenso que había de los españoles a tiro graneado y nosotros a pum, pum, expresándose así: aaaaaaaaaaa.

Cuando el cubano peleaba, contrarrestando también la gritería del español, gritaba dando vivas a Cuba Libre y dedicándole quizás en ese momento de ardor y coraje, como inspirado siempre por la causa que justísimamente defendía, alguna que otra frasecita fuerte para no quedarnos con las que los gringos nos decían.

Nosotros creemos de primer momento que Madan daba sus gritos correspondientes. No tomamos en consideración su herida hasta que la sangre nos lo comprueba y entonces acudimos en su auxilio para con la sorpresa de que había sido de mauser, bala fina y que sólo le había pasado de mejilla a mejilla en momentos en que seguramente tendría abierta la boca y daba uno de nuestros gritos aludidos o algún ¡vivaaaa!

La lesión resultó leve y hoy en la paz, contento y saisfecho, está en medio de lo que en toda lucha colectiva se pasa y sufren los que han actuado como redentores, con sus dos carrillos marcados tan honrosamente por su patria.

TIROS, EQUIPOS Y HERIDAS

De los tiros muchas cosas podríamos decir, pero vamos a ver si logramos recordando los tiempos épicos de nuestra contienda libertadora, sus aspectos e impresiones, hacer llegar al ánimo de los que no pudieron apreciar este tópico de la guerra de Cuba, por su sacrosanta libertad.

Cuando oíamos un tiro, pasaban muchas cosas, como las de que algunas veces se confundían con el ruido de un corpulento árbol seco al partirse en el monte y nos hacía salir de la duda cuando se oían otros más y se ratificaba con la presencia del soldado en nuestro campamento, a nuestro paso, a nuestro alcance o por nuestro rastro.

Caso al canto. Una mañana estábamos desplegados frente a unos fuertes, sin ser vistos de ellos, cerca de la ciudad de Camagüey, a las órdenes del general Javier Vega, y en nuestro Regimiento de Caballería, entre otras fuerzas que allí estaban aun mandadas por el comandante Benjamín Sánchez Agramonte, accidentalmente por estar herido del combate Saratoga, el jefe en propiedad, su hermano Armando, en espera de la salida de una guerrilla que se componía de criollos blancos y morenos en su mayoría y algún que otro español... para cogerla por nuestra cuenta y aplicarle el machete mambí correspondiente.

Entre los jefes estaba de sanidad uno que hoy es General, hombre jovial, ocurrente y digno de nuestras filas, muy cerca de nosotros. Parece que alguno de la fila desplegada se dejó ver de un fuerte y le aflojaron una descarga boba. Entre esos y que era por coger unos manguitos muy buenos que había por esa zona, estábamos también nosotros y ese médico, y en espera del lance embutíamos y nos distraímos con ese bocadito y hasta que nos expusiéramos y nos sometiéramos a la suerte de vida o muerte.

El médico referido, entusiasmado con su manguito, al oír la descarga pasar cerca donde él estaba y producir el consiguiente ruido o ramalazo en las hojas de los árboles o matas de mango se agachó su poquito y al recobrar su posición natural, se enfrenta con nosotros y exclama, como sorprendido, y nosotros sonrientes por el caso...: "Chiquito, me agaché porque creía que estaba solo, no hay novedad."

Cuando alguien estando en fuego hacía algún gesto como el que se aparta de algo que le estorba al pasar, al oír el silbido de una bala, en el acto le decía un compañero: "Pá qué, si cuando se siente el silbido es que ya paso"...

Después de algunos días de estar tranquilos de pega y por lo tanto casi olvidada la lucha del fuego en cuanto se oía un tiro se daba su brinquito, se recibía su impresión pequeña y también se reprimía uno para disimularlo y no darlo a entender, pero pasada esa impresión todo seguía igual y entonces ya en franca pelea, combate, tiroteo, exploración, hostilización, retiradas, que eran las más peligrosas, etc., sólo nos preocupaba la operación, el atender al mandato del jefe, contrarrestar al enemigo, salvar la pelleja, fajándonos bravo, cuidar del compañero herido o muerto o que se hubiese quedado sin caballo y tratando como es natural de hacer las más bajas posibles y daño al enemigo.

El caballo, este animal tan estimado en la guerra y del soldado cubano más, también recibía su impresión con los tiros. Se paraba en dos patas, paraba las orejas, le daba impulsos de correr, etc. Mientras comía marchábamos, y estaba en el campamento, en cambio se le veía tranquilo, pero durante el fuego el institnto de conservación los llevaba a esos gestos referidos observados por nosotros.

También miraba alrededor suyo en la línea de fuego y le causaba horror la sangre de los heridos y si era de caballo más, viéndose por ese mismo instinto que sufría y al ser herido y verse la sangre. Si la herida era de gravedad por sus extorsiones, como hacía con los ojos, luchaba para levantarse si ello le imposibilitaba para pararse, se le notaba su pesar y relinchaba o resoplaba con desesperación y tristeza; sí con tristeza, pues los que éramos del E. L. de caballería y teníamos sentimientos humanamente posibles en la guerra, así lo pudimos apreciar y lamentar, pues el caballo era como ser querido nuestro en la guerra; era otra parte principal de nuestro ser...

Los tiros, cómo vamos a olvidar la impresión que causaba al oído, algunas veces hasta melodiosas, en medio de lo imponente, otras de escalofrío, estando desplegados disparábamos y nos acercábamos al enemigo, siempre mayor en número y quien nos hacía descargas cerradas o fuego graneado sin contar una parte de más provecho y ventaja para ellos: la de que nosotros teníamos que acercarnos bien para poderles hacer blanco, puesto que la diversidad de nuestras armas y entre las tercerolas de balas de plomo, no tenían el alcance de sus mausers y de infantería con mucha más razón.

Con cuánto gusto reconocíamos y recordamos hoy la diferencia de los tiros. Los nuestros: pum... pum..., los de los españoles descargas cerradas: Ra... ra... ra..., y el fuego graneado: RRRR... nos parece así en un tanto exponer lo que de táctica mambisa esto significaba y lo de exposición y peligro de la vida que constantemente teníamos de contado y sólo nos preocupaba salvar la pelleja, acabar con el enemigo y ver a Cuba libre.

Las balas de cañón eran otras cosas serias. Tiraban una, si pasaba de largo, con un zumbido tremendo, al pelo; pero si estallaban cerca de nosotros, el delirio, pues horizontalmente se regaban esas granadas entre las filas y eso era la del diablo; ahora que eran pocos los casos, pues nosotros peleábamos inquietos, muy desplegados y si

acaso hacían era poco el estrago; no sé si también sería la poca efectividad del artillero español, quien sabe.

Se entra en el combate de Juan Criollo, por ejemplo; pelea de por la mañana a la tarde, y como es natural hay juerga.

El General en Jefe ordena al teniente coronel Sánchez Agramonte avanzar hasta pechar con el enemigo y éste lo cumple.

Viene la herida, la muerte de algunos de su gente y también de sus caballos, de nuestro Regimiento Expedicionario.

En estos momentos demuestra el cubano su valor, su actividad y su empeño por quedar dignamente y salvar su equipo, su caballo, su compañero caído y hace esfuerzos por ello con valor estoico y espíritu de actuación o lucha de gente, de armas, a caballo y dejar bien sentado su nombre.

Allí, a nosotros nos hieren el caballo. Un potro dorado como el Sinsonte de Manducho, como cariñosamente decían a mi jefe referido, de seis y media cuartas que había traído de Camagüey. Pasó un rato de pega brava con el enemigo, que nos veíamos el uno al otro, cada uno desde la orilla de un arroyuelo, y nos vuelven a herir el caballo, pero ahora notamos que tambaleándose nos quiere dejar y al fin cae muerto acribillado a balazos quien hacía un momento era todo brío y pujanza, pues en el acto a cortar la cincha, quitar el freno, zafar la montura, etc., y que otro compañero nos llevara a la grupa, aquí fué Sebastián Victoria, un negrito camagüeyano de nuestro Regimiento; nos retiramos junto con otros hasta que logramos montarnos otra vez, pero la montura, el arma y la pelleja la salvamos a pesar de los tiros. Ataque que contrarrestamos allí bien, por lo menos así se nos dijo después por el Cuartel General.

¿Y EL ARMA?

Una nota típica y sin que ello represente o signifique nada de poco sentimiento sino la intuición por un instinto de conservación casi natural, la realidad y las cosas de la guerra.

Nadie se puede alegrar de la muerte de un compañero de luchas, de fatigas y de privaciones al conjuro de un bello ideal, como el de la libertad de su patria.

Pero la guerra tiene cosas bestiales, si se quiere.

Allá va una de ellas. Se entra en combate, la pelea es brava, se lucha con el enemigo, más fuerte, mejor armado; nosotros siempre carentes de parque y armas, ahorrábamos los tiros hasta lo último y pegábamos con el soldado cuando nos convenía, pues el objeto era sostenernos hasta el triunfo y contrarrestar con nuestros medios y por Cuba libre o la muerte, pero haciendo uso del elemento del campo, del valor, de la abnegación de la esperanza y del recurso que teníamos por todos conceptos, la inteligencia, la táctica y el entusiasmo del soldado libertador, pero no podían evitarse ciertos casos y ciertas cosas como estas.

Termina un fuego. Hieren a Fulano. A Mengano le suprimen el caballo. Zutano ha desaparecido. Matan a Perencejo...

Pero que matan al soldado, clase, oficial o jefe tal y en el acto, sin darse cuenta nadie sino por el medio ambiente, la situación y las circunstancias, se preguntaba: ¿Y el arma? Todo esto fué con lo que unidos a la fe y el pensamiento fijo en nuestra independencia nos dió el triunfo y siempre queriendo al compañero, no olvidando al caído, que más bien nos daban sus desgracias más fuerzas para seguir en la brega y luchar por ver a cuba libre y soberana.

EN LA TROCHA DE JUCARO A MORON

Comenzaba el año de 1898. La guerra que venían sosteniendo los patriotas cubanos se hallaba en su período más difícil, pues aun no se habían solucionado los problemas más arduos que se habían propuesto llevar a efecto los directores de la contienda. La Invasión era un hecho, pero la muerte del Apóstol, cuya figura era de tanta trascendencia y la del Titán, que hizo en unión del Generalísimo Máximo Gómez una realidad ese paseo triunfal de Oriente a Occidente, vinieron a empañar aunque no hacer decaer el espíritu que animaba a los que habían jurado obtener la libertad o morir en su empeño.

Máximo Gómez, cuyo prestigio como General y su amor acendrado por Cuba y sus aptitudes lo habían elevado hasta el cargo de General en Jefe de las fuerzas cubanas, necesitaba un hombre para nombrarlo Jefe de la Brigada de la Trocha; pero ahora bien, el hombre por él necesitado tenía que ser por su valor probado en las distintas acciones que se habían efectuado, ya por sus conocimientos militares y porque mereciera toda su confianza de verdadero patriota, capaz de desempeñar ese cargo, para el cual él se hallaba buscando jefe.

Escogió a uno cuyo solo nombre nos basta para asegurar lo acertado de su elección. No era otro que el coronel Armando Sánchez Agramonte, que hasta esa fecha había sido Jefe de su Vanguardia con el Regimiento de Caballería Expedicionario. Armando Sánchez Agramonte, hijo de un Diputado del 68 y de una matrona como Concepción Agramonte, hasta esa fecha había sido no sólo el hábil general, sino que también había dado pruebas de su valor espartano al iniciar, jinete con su caballo, las clásicas cargas al machete que consagraron al soldado cubano como el primero del mundo en el manejo de esa arma; que en sus manos se convirtió en símbolo de la libertad y del derecho.

Su primera salida fué de exploración, y la segunda de viaje.

Durante la exploración estudió con el coronel Simón Reyes su pase a caballo, y después de haber dado cuenta al General en Jefe de su decisión, salió a ocupar su nuevo cargo.

La exploración se llevó a efecto estudiando desde gajos de árbales, pasos de la Trocha a pie, hasta las alambradas, frente a los fuertes, esperando el cruce de las patrullas, burlándolas y durante la noche a los centinelas, etc., y con toda esa exposición de estudios del cruce de la Trocha y cuanto había que hacer hasta lograrlo, que era

firme y dada su palabra de honor de realizarlo respondiendo con su vida para ello.

Los prácticos de Simón Reyes, bravo coronel, en su unión contribuyeron grandemente a todo y llegó el día de la operación.

Se cortó la alambrada de la parte de la línea que daba para Camagüey. Salió el coronel Sánchez Agramonte con sus 20 hombres de caballería. Las patas de alante de los caballos se forraron con cueros de vacas y llevando cada soldado su caballo de la brida pasaron la Trocha sin un tiro, burlando toda esa infranqueable línea al decir de los soldados españoles.

La orden fué de siempre adelante, al que cayera que en el acto fuera sustituído, pues había que pasar a toda costa.

La Trocha estaba constituída de la siguiente manera:

De Oriente a Occidente:

Monte firme.

Un gran limpio, chapeado para poder observar hasta cierta distancia.

Rondas o patrullas de caballería e infantería cada tiempo determinado.

Línea del ferrocarril. A un lado y otro de esta vía, trincheras.

Línea de fuertes y escuchas, entre cada dos fuertes.

Por la línea, movimiento también de rondas o patrullas.

Alambrada de ocho hilos horizontales, en número de otras tantas cercas paralelas y luego cruzadas, que harían un total por lo menos de cerca de cincuenta alambres con púas.

Todo esto fué pasado por ese grupo de valientes dirigidos por ese gran jefe que fué el primero que pasó de Occidente a Oriente ese baluarte, tal era el nombre que merecía; siendo su empresa de más resonancia por el hecho de estar la parte por donde él efectuó su cruce más salvaguardada.

Tal era el hecho que quise traerles para que gozaran de su lectura y vieran cómo un hombre estaba siempre dispuesto, primero pensando en la Patria y luego en la orden, después de su palabra de caballero que su vida no tenía más importancia para él que lo que pudiera servir en beneficio de la causa, a la que se había consagrado.

Nosotros recordamos este episodio como uno de los tantos de la guerra, que hemos expuesto quien sabe si de manera rápida, pero con la verdad escueta y en honor de aquellos valientes que acompañaron al hoy general Armando Sánchez Agramonte.

Esta acción, como todas las que él llevó a efecto, serán inolvidables en el corazón de los que sintiendo que les palpita con verdadero amor hacia todo lo de Cuba, no pueden por menos que reconocer que tienen razón al experimentar tales sensaciones y que son merecidas y están bien ganadas por los que tan dignamente procedieron en las luchas de nuestra emancipación.

COSAS DEL VIEJO GOMEZ

Llegamos a las Villas durante el principio del 97. Ordena a varios de sus ayudantes y otros jefes de esas zonas de confianza, un recorrido en busca de cuantos se encuentren fuera de sus fuerzas y por los ranchos, majaseando, como decíamos nosotros, salvo el que estuviera autorizado por permiso, enfermedad, comisión o herida, pero éstos siempre, previa investigación del caso y hasta a veces su conducción al Cuartel General en momentos de dudas.

Una mañana se presenta uno de esos comisionados con un gran número de jefes, oficiales, clases y soldados que se encontraban en estos casos. Entre ellos había como cinco con sendas patillas, como la de nuestro distinguido representante y libertador Guas.

Se fija el General en Jefe en ello y a ellos en primera instancia se dirige, todos formados ante su pabellón, a la vista del campamento, donde los de reserva, por allí de guardia y francos en ese momento, se acercaron para presenciar la llegada de ese contingente, y en el acto les dice: "¿Por qué ustedes estaban majaseando", pues dió la casualidad que así estaban los de las patillas... "Ustedes son unos pendejos..." y yo que me creía que todos los de patillas eran guapos,, pues así me lo tenían dicho...

Se nos ocurre a nosotros hacernos un sombrero de yagua. Pasamos una vez por frente a su pabellón y nos llama. Después del sustico natural y la impresión de encontrarnos a su presencia, nos dice: "Ven acá, eres el primero que has hecho un sombrero de yagua en esta guerra del 95 y por ello te voy a premiar y dar la patente, me entregó un pedazo de género azul, como cinta para ello y luego amablemente me mandó a retirar con frases de afecto, demostrado para con nosotros, mientras que para el que no andaba derecho, lo usaba como en el caso anterior; y ahora verán otros:

Se presenta un señor en el campamento. "¿Usted quién es?", le dice. "Yo soy capitán del Estado Mayor de Juan Bruno Zayas." "¿Dónde están sus documentos?", le vuelve a preguntar. "Los trae mi otro hermano herido y custodiado por otros." "Usted no es nada, usted es un majá... queda arrestado y a quemar inmundicias en un pelotón del Regimiento Expedicionario." Y le ordena al jefe que se haga cargo de ello; a nosotros se nos entrega como sargento de un pelotón. A los pocos días llega el hermano del arrestado, se aclara el asunto y el General le dice: "Muy bien, ahora si es usted Capitán ya, espere órdenes." Esto unido a que ese oficial que aún vive y amigo mío, peleó en la Reforma como un machito y comprobó que

no sólo era capitán por el diploma sino por el valor, la dignidad y el amor a la causa nuestra de libertar a Cuba.

Estamos acompados en Blanquizal. Tiros en la guardia; se toca a formación y a caballo nos ponemos en línea, y cuando se comprobó era exploración del enemigo que había retrocedido y luego que había acampado cerca en el Laurel, volvemos a nuestros pabellones...

El general Gómez al pasar por uno de ellos vió un caldero con boniatos aun friéndose... a un oficial de su Estado Mayor que a plan de machete e increpación castigaba a su asistente, que era un moreno casi viejo, y el Viejo Gómez le afloja su planazo bobo a ese oficial que también era de color y podía ser nieto de su ordenanza.

Pasa arrestado a un Regimiento de su fuerza ese oficial, precisamente el nuestro. A los pocos días pide permiso alegando que su familia en Camagüey había salido para el campo y que él no veía hacía tiempo, desde junio del 95, que era un buen cubano, soldado y oficial y había hecho la invasión con el Viejo Gómez y en puesto de confianza y no le concede ese permiso y hasta recibe otro regaño.

Después lo llama Boza y le dice: "Mira, muchacho, siéntate allí y escribe que tú deseas ir a Camagüey para exponer tu caso ante el jefe de tu clase de servicio y al Gobierno para que te juzguen y hagan justicia." Así lo hace este oficial, lo da al General en Jefe y en el acto el mismo General en Jefe, sin negar su extralimitación por haber dado de planazos a un oficial y aun sin juzgar por su falta lo autoriza para ir a su terruño a ver a su familia y pedir justicia.

Estábamos en San Andrés. Había muchos expedicionarios de la expedición del general C. García. Algunos de ellos con deseos de ir hacia Occidente y para la Habana, de donde eran entre los de las mejores y ricas familias de Cuba. Algunos de ellos también por disgustos que habían tenido con el jefe de expedición.

Uno de éstos de cuerpo como el nuestro, dentista y que luego con Estrada Palma en épocas de apasionamiento en Cuba demostró ser una vez más un hombre digno y valiente, se acerca al pabellón del General y le dice: "Yo vine en la expedición del general García, por diferencias con ese mi querido, respetable y admirado jefe, me encuentro en su Cuartel General, sin puesto alguno. He oído decir que usted mira con malos ojos a los que vienen en las expediciones y con grados. Yo quiero significarle que soy profesional, mi apellido no es desconocido científica, rica, distinguida y revolucionariamente. He venido a Cuba Libre para servir de acuerdo con lo que yo sepa y pueda. Mis grados no los quiero sino ganados con dignidad, y por lo tanto me pongo a su disposición para que me mande como usted ordene y donde sea útil, aunque sea para que me maten." Pero en tono digno de cubano y caballero.

El general Gómez, que decía a veces que él quería ayudantes como soldados que supieran clavar un jan, ante aquella figura diminuta físicamente pero grande de alma y dignidad se quedó sorprendido y le dijo: "Así quiero yo los hombres; vuelva a su pabellón, que ya resolveré su caso..." A los pocos días este oficial y otros que se encontraban en las mismas condiciones volvían a Oriente, y allí terminó la guerra formando parte del grandioso Estado Mayor del General García y Jefe del Departamento Oriental del Ejército Libertador.

Ibamos un día en marcha. Pasamos por un arroyo lleno de berro, hace alto, se baja del caballo, recoge cuanto pudo y se pone a comer.

Se fija en un árbol cerca, hay un aura y que tiene la cabeza casi negra, y se dirige al coronel Gueren, uno de sus ayudantes, que era además medio poeta o versador, como dicen los guajiros y que hacía décimas: "Gueren; esa aura lo que tiene es hambre; Gueren, vérsale para alegrarla, cántale una décima para que baile el zapateo o le pegas un tiro para que no sufra más..."

Una noche llega un prefecto con un paquete y le dice al ayudante de guardia que era esa noche un ayudante del general Castillo, que traía una misión urgente para entregar al General en el acto.

El ayudante sin premeditar antes llama al Viejo, que ya estaba durmiendo, le impone del caso: "Venga ese asunto", dice el General, lo abre y resultan ser unas longanizas... Se armó la gorda, por poco toca el corneta a caballo formación y en línea de combate con la bulla que se formó y cuanto de justa increpación ofreció a ese ayudante y al guajiro conductor de las butifarras o longanizas.

Cada vez que alguien se le presentaba con algún análogo presente armaba la gorda. Un día vió a un oficial regañando a un asistente porque no le traía carne de filete, y desde ese día llamó al suyo y le dijo: "El día que usted no me de más que carne de jarrete, falda o de lo más malo de la res lo castigaré sin remedio..." Así era este viejo que iba al río a bañarse y lavaba sus medias, todo, lo mismo que burlaba los 40,000 soldados españoles que le perseguían.

El general Gómez mantuvo así el amor, la disciplina y la bravura de sus soldados con estos ejemplos, estas enseñanzas y estas prácticas de sacrificio y privación que unido al valor y su táctica guerrera para poder contrarrestar al que por su inteligencia en los pueblos como autonomista y a los que por un sueldo como los guerrilleros estaban al lado de la ominosa y no con la revolución redentra prestando mejor servicio a la humanidad futura de libertad, fraternidad y justicia, para estar entonces Cuba también en el concierto de los pueblos libres, y ya ven ahora cómo gozan de lo que han producido esos sacrificios.

LOS VETERANOS

Cuando nuestra Cuba gemía bajo la presión del gobierno español, eran considerados los cubanos como sus inferiores, hasta que para recabar los derechos de ciudadanos libres se lanzaron al campo dispuestos a morir en aras de la libertad. Los que se sintieron patriotas contribuyeron exponiéndolo todo, sacrificando haciendas, hogar, comodidades de la vida, esposa e hijos cambiándolo por el machete redentor.

Surgió la República al filo de los machetes, constancia de sus ideales, mantenidos a toda costa, no mirando el terrible cuadro de sus compañeros que caían en la contienda, avanzando hasta donde estuviese el enemigo, para morir también, caer prisioneros y pasar ante el cuadro para ser fusilados o deportados, donde morían en los fosos de las fortalezas.

Los veteranos hicieron la patria tras luengos años de fatigas y ellos son los llamados a sostenerla.

Para lograrlo es necesario seguir organizados y unidos, para que las cruentas luchas realizadas por las libertades de esta querida tierra no resulten estériles, pensando en la unificación de todos los elementos de esta sociedad, honrados y patriotas como los que con su ejemplo cayeron en los campos de nuestra revolución, entre los que se cuenta a los próceres Martí, Maceo, Céspedes, Agramonte, Aguilera, Varona y Máximo Gómez.

Los hombres que nos dieron patria y defendieron nuestra honra y nuestro decoro, los que la crearon con sacrificios deben unirse en el amor y el patriotismo, cada vez más intenso y dulcemente acariciado para participar en el máximo del derecho de todos los beneficiados y de todas las responsabilidades del poder y bienandanza de un pueblo libre y civilizado.

El pueblo ha manifestado siempre su afecto perdurable, su incondicional apego a los Veteranos, sus sentimientos esencialmente revolucionarios y patrióticos, exaltando a soldados de la Patria para el elevado puesto de Presidente de la República, como para significar que desea satisfacer a sus libertadores y encontrar en ellos la mayor garantía de paz y de prosperida dcolectiva, como si quisiera depositar su soberanía en manos de los mismos que la conquistaron para todos.

¡Adelante, pues, en nuestra obra de pariotismo!

Veteranos de Cuba, con la vista fija en la justicia y la libertad.

LOS ASISTENTES

Coadyuvando a un acto de justicia y loables y patrióticos propósitos pro la historia de Cuba, he querido dedicar este trabajo a tan modestos servidores de la causa de la libertad cubana.

Cúpome la honra de haber pertenecido en toda la guerra a la Escolta del Generalísimo y no haber tenido asistente.

Lo general entre nosotros fué entre un grupo de oficiales dedicar un solo ordenanza para que nos llevara los calderos, cacharros, comestibles, si los había, pues a las horas de raquear y cocinar para que los soldados españoles nos dejasen comer todos nos sentíamos cocineros.

Parecía extraño que unos hombres que luchaban por la libertad tuvieran asistentes; pero hacían falta en muy serios casos y estaban autorizados por las leyes de la República que nos regían en aquel entonces.

Al dedicar este recuerdo a la clase más humilde de nuestro Ejército, pero sufrida, servicial y abnegada, ha sido sólo por salirme de lo corriente, rindiéndole a esos buenos servidores un justo elogio y fraternal recuerdo.

Los había viejos, jóvenes, valientes; unos que servían por gratitud a algún jefe, otros por comodidad y quizás su respetico a las balas. En cambio, algunos llevaban sus tercerolas y hacían frente al fuego en caso necesario.

Tan pronto se acampaba su misión era buscar agua, cocinar, hacer el pabellón, cuidar del caballo de su jefe y su mula con cacharros y demás artefactos de comida y su cargo.

Salía a raquear, exponiendo su vida, pues al atravesar cualquier potrero, podría encontrarse con alguna columna enemiga y después que llegaba por el "Pogeo" al rumbo que se había dirigido y encontraba viandas, tenía que sostener una gran lucha para que se la dieran, con el ranchero pacífico o prefecto, etc., y hasta con algún "majá bobo", que llamábamos a los que se escondían para descansar y que se encontraban muy bien en el rancho con la siembra y sus colmenitas de miel de abejas o de la tierra.

En las marchas, si nos encontrábamos con el enemigo, los retiraban al cuidado de un oficial con ocho o diez hombres y por lo tanto con grandes exposiciones.

Inmerecidamente pareceían obscurecidos estos buenos servidores también soldados de la patria y que también con su modesto pero útil y necesario servicio han ayudado a la formación de la República, cuya entrega en 1902 a un presidente cubano y a otros también cubanos del E. L. se ha llevado a cabo hasta hoy en nuestra patria.

ANECDOTA

Artículo 19 de la Constitución: "Todos los cubanos están obligados a servir en la Revolución con su persona e intereses, según sus aptitudes."

Nos encontrábamos acampados por las cercanías del poblado de Guáimaro, y en gran concentración de fuerzas, que pertenecían a los Primero, Segundo y Tercer Cuerpos del E. L., compuestos de caballería, infantería y artillería, mandados por los generales Cebreco, Rabí, Capote, Lope Recio, Vega y M. Gómez y García, General en Jefe y Jefe del Departamento Oriental respectivamente, y el Consejo de Gobierno presidido por el insigne, estoico y prócer Salvador Cisneros Betancourt.

Todos los días había entre esos jefes conferencias de importancia y sobre los asuntos de futuras operaciones y bien para la patria, entre los cuales figuró la toma de Guáimaro, cuyo ataque comenzó a los pocos días.

Tan extensos y nutridos por el gran número de jefes, oficiales, clases y soldados eran los campamentos, y además por el elemento civil y del Gobierno que, unidos a las bandas de cornetas y de música, el verdor y hermosura de nuestros campos, como la fragancia de la santa libertad que allí se respiraba en pleno campo de Cuba Libre, todo en conjunto hermoso, alegre, patriótico y fraternal, que parecía un conjunto al conjuro de la santa idea que nos obligaba al sacrificio, presentando un aspecto digno de los cubanos, la Isla y los libertadores.

Estando yo merodeando por los alrededores del Cuartel General del general C. García, frente a su pabellón presencié que un joven de aspecto extranjero se dirigía a dicho general pidiendo su pase del cuerpo de sanidad a que pertenecía para el del ejército, porque aunque era nacido en Cuba había estado fuera de la patria desde niño y no conocía los usos y costumbres de sus conciudadanos y mucho menos los elementos con que se contaba en el campo libre de Cuba para curar y sólo tener él dos o tres años aprobados de Medicina, y eso en los Estados Unidos, donde se había educado, y por lo cual, de acuerdo con ese artículo 19 de la Constitución de nuestra República en armas lo habían designado para Sanidad.

El general García le contestó que basándose precisamente en ese mismo artículo de la Constitución no podía concederle el pase y que le aconsejaba, para su actuación, que hiciera lo siguiente:

"Que se le presenta un enfermo, déle un cocimiento de la hoja del árbol que esté más cerca o a su alcance.

"Que viene el enfermo y le dice que no se ha curado.

"Mándele otro cocimiento, pero de las raíces del mismo árbol.

"Tampoco se pone bueno, le manifiesta el aludido enfermo; pues recétele de las cáscaras de ese mismo árbol el mismo cocimiento.

"Que lo mata, noticia que usted recibe al poco rato de un compañero de pelotón, del enfermo o por otro conducto cualquiera, pues ya sabe que ni la hoja, ni la raíz, ni la cáscara de ese árbol, curan."

FRASEOLOGIA GUAJIRA

Salimos de exploración y nos encontramos con un ranchero pacífico o miembro de una prefectura.

—Buenos días, amigo.

—Muy buenos sean, señor.

—¿Sabe algo del "soldao"?

—Ná, acabo de salir del rancho y "entodavía" no "e deplorao".

—¿Y de vianda cómo se anda?

—"A que aquí etamo en la tea", pero si se acerca uno durante las noches por la zona de "cautivo" se consigue algo.

—¿El General está cerca de aquí?

—Sí.

—Pues tenga "cuidiao", porque los españoles merodean mucho por estos caminos y tiran a cualquiera un "franco".

Y así se hizo la guerra, con las exploraciones, flancos, zonas de cultivos y sus fraseologías especiales, pero todos con un gran corazón y sacrificio por Cuba para vergüenza del cubano adinerado, doctor y guerrillero que militara en los partidos retrógrados y al lado de la ominosa con Valmaseda y Weyler.

Ese pobre guajiro no sabía más porque los capitanes generales no le daban más que gallos y loterías, y hoy además tienen carretas, escuelas, su Gobierno, Congreso, y si hemos cometido algún error veamos lo que se ha adelantado en instrucción, por ejemplo, y todo lo que se ha hecho y se verá que no es posible en 30 años rectificar tanta maldad y tanto error de los siglos que nos gobernaron, saqueándonos y llevando a las fortalezas para fusilarlos a los cubanos, nada más...

EL DOMINÓ DE QUIRINO

Quirino Rodríguez era en tiempos de paz y antes de la guerra bodeguero o amo de tienda de víveres, con su padre, en Camagüey.

Salido para la guerra resultó un buen soldado y de grandes recursos para la vida del mambí, estuvo siempre en el Regimiento Expedicionario.

Este simpático, valiente, buen compañero y muy amigo de nuestra familia, cogía una tabla de cedro de una casa abandonada o de una cerca un tablón, de la misma madera hacía con su machete y un cuchillito unas tablitas del tamaño de las fichas de dominó y luego para marcarle los puntos con una bayeta de rifle de infantería o con la cabeza de un clavo a la candela y bien rojo hacía esta operación, que al quemarse esa madera quedaban magníficamente señaladas todas las distintas clases de fichas del dominó.

Ya esta operación, y que de ellos hizo varios, en una yagua, de donde mismo salieran los sombreros, los catauros para el agua, el techo para nuestras casas y papel de cigarro, etc., formaba la mesa y listo el dominó para jugar nuestras partidas y gozar de un rato de solaz mientras venía el "soldao"... y nos pegábamos en pelea conveniente.

"JOSE JOAQUIN..."

Tres cornetas habían en el Cuartel General del General en Jefe: Cruz, Belozo y Barrera se apellidaban. Cada uno tenía su carácter. Hijos de su manera de ser y de acuerdo con sus sentimientos imprimían a los toques de corneta la misma idiosincrasia de sus seres, fenómeno que sucede a las personas y se le nota por su habla, acciones, escritura; y ahora vamos a referirnos al arte de la música, pues ese instrumento seco, viril, sentimental y rígido que representa el sacrificio y empeño por un ideal, pro la personalidad de un pueblo en fin, es más que arte...

Cruz, al tocar nos hacía la misma impresión del suyo, que era serio, recto y cumplidor... Belozo, lo alegre y de tipo criollo, jovial... Barrera, sentimental y pasivo por su comprensión de hombre bueno... Los tres aptos y valientes... El primero parecía ante la viveza de sus toques como la gracia de una danza y su vivacidad... El segundo, como la expresión de un danzón. El tercero, como la del vals "Sobre las Olas", por ejemplo. Queremos decirlo así para ver si por este medio hacemos llegar al ánimo de los lectores cómo y en qué forma se hacían esos toques y se podía apreciar de su espíritu, poco más o menos de sus estilos ,etc.

Todos los toques eran así expresados. El soldado criollo, jocoso y animoso en medio de tanta privación, exposición y labor por la patria tenía sus ratos de solaz y ocurrencias y les parecía que Barrera al tocar, por ejemplo, el toque de atención parecía que repetía el nombre de José Joaquín, así... Jo... sé... Jo... a... quín... y se tomaba esto como "changa"; pero se entera el Viejo Gómez, pregunta qué significa ese dicho, parece que alguien se lo explica, y aquí fué Troya, caballeros, se calienta y ordena en el acto la supresión del dicharacho o cantico que en el campamento se repetía y producía choteo criollo y en este caso de soldado mambí.

FUERA DE LA FILA

Que íbamos a marcha forzada durante una noche cualquiera y veíamos una luz a lo lejos, en el acto había uno de la fila que se apartaba de ella, faltando, como es natural, a la disciplina, pero la luz, la idea de un rancho, una familia y allí poder conseguir un trguito caliente era todo y constituía una inducción al pecado, falta de reglamento y por el espíritu de rebelión, si se quiere, y de conservación a la vez de la vida, la barriga vacía y el poquito de café...

Una noche nosotros lo hicimos. Mandaba las fuerzas el general Javier Vega. Burlamos la ley nuestra general y en particular la del jefe del pelotón, que era el sargento Estrada; éste y el general, daba la casualidad que ambos tenían caballos moro-melao.

Después de apartarnos de la fila con nuestro compañero Madan y al regresar, vemos un caballo moro-melao, nos creemos que era le sargento Estrada, y nosotros ya cabos, que nos tratábamos íntimamente con él, le decimos: "Qué hubo, viejo", nos dimos nuestra "uidita" boba y nos calentamos la panza, pues por la luz que vimos donde había una casa con familia nos dieron un traguito de café...

De buenas a primeras, nos pregunta y por cierto en tonos y dichos camagüeyanos "Quién soy vo", y tanto Madan como yo, al oír voz distinta a la de Estrada le ponemos atención, pues sólo por el color del caballo era que distinguíamos algo del bulto a quien nos dirigíamos, nos damos cuenta, caballeros, que era el general Vega... no le dijimos nada más, picamos nuestro jamelgo y antes que nos reconociera o nos diera alcance algún ayudante nos fuimos a buscar nuestra fila y pelotón...

UN CEPO

Entre los soldados bisoños de mi Regimiento Expedicionario figuró uno que respondía por el nombre de R. P., nacido en Camagüey y de familia toda luchadora por nuestra emancipación.

Hijo de su edad y falto de experiencia, pero parece envalentonado con verse todo un hombre y con su rifle al hombro y machete a la cintura, lo hizo hacer algunas veces sus torerías, más bien de muchacho que de soldado insubordinado.

Por sus faltas, más bien leves, a cada momento sufría sus arrestos, hasta que sus repetidas faltas y la de haber cometido alguna que a juicio de sus jefes se había pasado de la raya o de lo natural, se le impuso la pena del cepo.

Como tuviera todas las piernas "enñañaradas", un mediodía, mientras sus piernas rígidas apegadas al cepo y algo ensangrentadas por las referidas dolencias, las moscas se acercaban demasiado y constantemente dejaron depositadas en sus carnes enfermas las llamadas "cerezas", y cuando ya formado el gusano, futuras moscas, se movían apegadas a sus carnes, le produjeron tremendos dolores que hubo necesidad de llamar al médico, de cuya asistencia le valió el perdón del resto de la pena y con la promesa que él hiciera de seguir portándose bien.

De su carácter criollo, guajiro, jovial y muy apegado a los cantos, recordamos algunas letras de ellos, que gustosamente transcribimos:

Virgen de la Caridad,
yo te ofrezco una novilla
porque salga la guerrilla
y al pueblo no vuelva más.

Mi Teniente Coronel,
lo que digo lo ejecuto:
o me dan salvoconducto
o si no me voy sin él.

Cuando vamos a marchar,
subiendo y bajando loma,
y si el enemigo asoma,
nos manda a tirotear.

Si salimos a raquear
y pedimos algo a un *ranchero*,
nos contesta: "Caballeros,
a que aquí etamo en la atea."

No queremos ropa,
ni sal tampoco;
lo que queremo
es cruzar la Trocha.

UN BOTIQUIN Y UN UNIFORME

Nuestro Regimiento tenía un pequeño botiquín que contenía algunas medicinas y de las más necesarias para el soldado, pero llegó un tiempo en que no contenía nada.

Durante el tiempo que servía para algo llevaba de esos menesteres tan útiles, siempre tocaba en cada marcha llevarlos a un soldado distinto y aun cuando ya no contenía nada seguía esa misión.

A algunos soldados les disgustaba, porque les hacía la impresión de impedimento o de ocasión para excusa de no entrar en fuego, prurito del soldado cubano dispuesto siempre a la acción.

Una vez nos toca a nosotros y ya hacía varios días que se señalaba un componente de nuestro pelotón, y al llegar a mí se me ocurrió ante la realidad de su inutilidad darlo a un morenito medio viejo, José Caridad, que era zapatero, para que del cuero del botiquín, pues era de hoja de lata forrada en piel, hacerme un par de zapatos, relevando a José Caridad de una guardia y dándole además una parte del cuero para que se hiciese él otro par, y a los pocos días me encontraba calzado.

Esto coincidió con la llegada de una fuerza villareña, que como estaba en su zona, parece que no sufría mucha privación, ni tampoco sabemos pegara bravo y a diario como los de la Escolta del Viejo; venían tan bien vestidos y equipados que de lejos parecían guerrilleros o soldados de caballería española bien equipados y vestidos.

Nuestro compañero Era y yo estábamos meditando acerca de estas cosas y de pronto vemos que cerca de nuestro pabellón había un caballo que se revolcaba en el suelo con montura y alforjas y que de éstas se salían unas piezas de ropa; pues saqueo al canto, las pusimos en una guaca, como se hace por los guajiros con las frutas, o las viandas o los huevos, y a los pocos días estábamos vestidos. Era cogió la parte de arriba de la camiseta y del pantalón y de un pedazo de abajo de ambas piezas sacó para mí un buen traje.

Esto unido a los zapatos, causó admiración y sorpresa entre la otra gente de mi pelotón, y aunque por el hallazgo de la ropa no nos pasó nada por lo del cuero del botiquín, aunque diéramos nuestras razones, nos arrestaron... pero nos vestimos y nos calzamos para luego pegar si era preciso y llegar a nuestro intento de Cuba Libre con exposición de la pelona...

RIGORES DEL MAMBI

...determinó el General en Jefe abandonar la zona que comprendía los campamentos Delicias, San Marcos, Jatibonico y otros por el gran número de columnas enemigas que nos perseguían, para la parte norte, hacia los lugares de Gloria, Casitas, Reforma y otros.

Durante la marcha, los trabajos, la falta de alimento, carencia de medicinas y fiebres que a diario nos venían dando, hiciéronme poner en tal estado de debilidad que hubo un momento que me bajé del caballo y dije a mi compañero Enrique Díaz, que desde el colegio éramos buenos amigos y ahora en la guerra: "No puedo seguir más; llévate mi caballo y mi rifle y deja que me maten los gringos." Como perdiera el conocimiento, Enrique me cargó, tarea fácil, casi 100 libras de peso, y cruzándome como un fardo o un serón o unas alforjas en su caballo siguió conmigo hasta una prefectura de los Hoyos, de la cual era jefe Echemendía.

Al día siguiente recobramos el conocimiento, me dí cuenta dónde me encontraba y lo adolorido que tenía el cuerpo de resultas de la posición en el caballo durante la penosa marcha enumerada.

¡Cuántos compañeros de doble constitución física a la mía, ví morir de fiebre, de hambre, de cansancio, que perecieron por la falta de elementos para comer y curarse y por lo tanto idénticas cosas que las que nos abrumaban a nosotros.

La señora Clotilde Jiménez, esposa del prefecto, tanto a mí como a otros compañeros, entre los que recuerdo a Américo Castellanos, el soldado Muñoz, hoy teniente coronel, nos curó con purgantes de sigua y güira, cocimientos de eucalipto, boniatos fritos con manteca de cebo de caballo y carne a lo mejor de burro muerto; cuando se presentó en su recorrido el doctor Matías Duque a visitarnos, ya estábamos casi curados, pues los pocos médicos que había en la guerra no daban abasto a los enfermos y heridos muchas veces, quien nos dejó una gran cantidad de quinina que al campamento había llegado procedente de una expedición en la que vino el coronel Coronado y trajo al Cuartel General, de cuánto nos valió.

Recuerdo, ante lo amargo de esa quinina la toma la envolvíamos en una hoja inofensiva al caso o en un pedazo de periódico la humedecíamos un poco y así embutíamos la medicina y disimulábamos su amargor. ¿Qué horror? ¿Qué les parece esto, señores guerrilleros?

Siendo el 24 de diciembre y con una noche clara propia del día de Nochebuena y del tiempo de invierno y en Cubita bella y libre, por lo menos sus caminos, donde así campeábamos con sentimiento, valor y corazón afrontando todas las contrariedades, improvisamos una cena para todos los enfermos que nos encontrábams en ese hspital en pleno monte y techo de yagua, que resultó espléndida, consistente en el menú siguiente: boniato frito con sebo de caballo y canchánchara de miel de la tierra.

A los pocos días la aparición del enemigo nos hizo mudar de punto tan pintoresco, por alfombra la yerba del campo y por techo la referida yagua cubana de nuestros hermosos palmares, y celebramos la inauguración del nuevo Hospital con canciones y puntos cubanos acompañados con un acordeón que tocaba admirablemente la señorita Angelita Echemendía y Jiménez, hija de nuestros amigos prefecto señor José Echemendía y señora Clotinde Jiménez.

Esta señorita tan graciosa como simpática y bonita y muy tratable, resultó el ángel y la alegría del lugar de pena para el Mambí Cubano en esos días y en ese Hospital... todo tan aciago.

Dados de alta y prestando ya nuevamente nuestros servicios, Echemendía y su señora Clotilde Jiménez visitaron el campamento, y estos dos salvadores por esta vez de nuestras vidas con sus cuidados, afectos y atenciones como conocimientos botánicos del monte y los ratos de alegría que nos proporcionara su hija Angelita, departiendo con el general M. Gómez acerca de los enfermos curados por ellos y principalmente tan meritísima dama y compatriota mujer, tuvimos el gusto de saludarla y demostrarle una vez más nuestra gratitud, que aun guardamos en nuestra alma, y cuando salía del campamento ostentaba el grado honorario de capitana otorgado por el Viejo Gómez.

IMPRESIONES DEL CAMPAMENTO

Estamos acampados; se toca a ensillar, formación y marcha; acudimos a buscar el caballo; no encontramos el nuestro y le metemos mano a otro. Ya montado, se presenta uno diciendo que es suyo; se lo damos y ante la amenaza de que el general Roloff nos iba a fusilar, todo lo que como novato nos impresiona, viene un amigo y compañero de pelotón y nos explica la jugada: pues en otra ocasión ya tenemos la pauta... Nunca se nos ha olvidado este ardid de un soldado viejo y nos aprendimos bien la lección, pues cuando estábamos a media campaña, al tratar de saber de nosotros nuestra madre y preguntarle a un comunicante, se enteró que Armando Sánchez Agramonte, nuestro jefe, le había dicho que cuando el campamento está sin comida, entre los pocos que tienen, aunque sea un platanito, él es uno de ellos y lo mismo es para la guardia que para la pelea, como para el raqueo, condición especial toda del soldado mambí, para sostenerse y actuar por su santa causa.

Que íbamos en marcha de noche, al pasar por lugares montañosos y por lo tanto oscuro por el camino o trillo o vereda muchas veces había gajos que se atravesaban, pues había que advertirlo desde el primero de la fila para no sufrir daño alguno y se daba la voz de alerta: ''Cuidado, hay un gajo''; otras veces decían: ''Agáchense que hay un gajo.'' Muchas veces no había nada y la gente iba agachada; otras que no avisaban sí lo había y se recibía su ramalazo consiguiente del sobresaliente gajito...

Terminaba un fuego o macheteo, empezábamos a contar cada uno las proezas, yo maté, yo tiré, yo machetée, y se le ocurría a alguno contar, por ejemplo, los macheteados y según los del cuento eran cincuenta y los muertos vistos y encontrados en el lugar del hecho y por lo tanto comprobados no eran más que cinco, que sumados a sus heridos no llegaban a 10.

Que estaba uno en su pabellón algo pensativo, y en el acto había un chusco que le decía: ''¿En qué piensa, ''compa'', en el pueblo de las campanas de la iglesia...'' Esto daba lugar muchas veces a ''calentura'' por parte del pensativo, pues eso quería decir que si pensaba presentarse...

''Oye, chico, —decían otros— si entramos en fuego yo quiero una herida honrosa pero no grave, sino de narigoncito, es decir, una pasadita con una bala de mauser de parte a parte, pero leve y por la piel solamente, que no interese parte alguna delicada.''

Llega a nuestro campamento la infantería de González Planas con este aguerrido y sobresaliente jefe de haber tomado parte en una acción donde se había copado un convoy y traído botín de parque, comida y ropa.

Uno de sus soldados había conseguido un chaqué. El Viejo Gómez ordena hacer formar esa fuerza para felicitarla; recordamos que estábamos en Jagüeicito; nota el General a ese soldado con esa prenda solamente vestido. Figúrense lo que se podría tapar una persona con un chaqué, sin pantalones, y en el acto le dice el General: "Oiga, amigo, vírese el chaqué."

Cocorico y Grillo, ordenanzas de Freyre de Andrade y del "Viejo", con taparrabos solamente, en sus acémilas lucían casi igual que este soldado del chaqué...

Así se desenvolvía en este orden el soldado cubano, y cuando menos se esperaba venía la pelona... No queremos dejar de exteriorizar todo ello, aunque hay muchas cosas que no se pueden decir. Eso, queda para la historia... Exploraciones... Misiones secretas... Así luchamos con nuestra constitución física, no pudimos usar revólver 45, que tuvimos que cambiar por un 32...

Cuando llegaban periódicos de las poblaciones a nuestros campamentos, nos desvivíamos por leerlos, y al llegar a los partes de las operaciones de los españoles, contra nosotros, aun no se habían terminado de leer cuando ya salía uno diciendo:

"Tiritos por aquí, tiritos por allá,
y por nuestra parte no ha habido novedad."
"Mataron a cien y quinientos más,
y por nuestra parte no ha habido novedad."

Al terminar la guerra por los campamentos, recordamos lo de:
¿Dónde están los guerrilleros?
Están en el río.
¿Dónde están los guerrilleros?
Están "escondío".

Como ocurrencia de un General, vamos a darla a conocer. Se presenta un periodista americano en la Quinta de los Molinos. Pregunta al general Boza cuál era su opinión acerca de Weyler. Contestá el General: "Pues el mejor Jefe de España." "¿Cómo piensa usted así, general Boza?", le dice el escritor yankee? "Pues porque fué el único general que comprendió, admiró e hizo justicia al pueblo de Cuba y al libertador, que matándolos a todos, como pretendía con la reconcentración, aunque con la ayuda de los autonomistas y guerrilleros, acabaría con la guerra, que sólo se hacía por la independencia."

Todo campesino y los que estuvimos en la guerra, nos acostumbramos a andar por el campo y saber orientarnos perfectamente de un punto a otro. Salir del campamento y regresar a él por el rumbo en que se encontraba. El rastro del soldado español y el del solda-

do cubano, eran distintos, otros de los detalles, hijo de la práctica y de nuestra calidad de mambises, que fueron necesarios para desenvolvernos en plena manigua. Había que tener también presente el rastro del caballo. El del enemigo se conocía por las cuatro patas herradas y el del cubano porque sólo herraba las patas delanteras, por ejemplo. En el rastro del soldado había asimismo la señal de los clavos de los zapatos, nosotros a pie y descalzos, como tituló Roa su libro, o a pie, a pie, a pie, como dice un canto popular de ahora; pero que todo el mundo va en auto y en aeroplano.

Con respecto a las condiciones de los caballos, recordamos gustosamente ahora que los guajiros decían:

"El caballo que tiene una pata blanca, es bueno; el que tiene dos, mejor; el que tres, malo, y el que cuatro, peor.

"Que el ojo del amo engorda el caballo. Que para que se mantuviese gordo había todas las mañanas tempranito que orinarles las patas." Esto sabiamente quería decir que el caballo atado toda la noche en un lugar, viéndole por la mañana temprano se le podía cambiar de puesto y comida, darle agua y así era que engordaría. Luego dirán de los guajiros...

TOPICOS DE LA CONTIENDA EPICA

Nosotros, como podrán apreciar los lectores de *Con Sombrero de Yagua*, de nuestras memorias de la guerra vamos haciendo resaltar todo el tópico de la guerra, de sus peleas, guardias, comidas, enfermedades, heridas, etc., y ahora vamos a referirnos a algo de sus platos de campaña.

Tan pronto se acampaba, se salía por los trillos o pojaítos en busca de la frita, es decir, salíamos a raquear.

Que veíamos una abeja, pues siguiéndole el rastro, seguro que al poco rato estábamos en un punto donde había su panalito de miel rico y para su traguito caliente por la mañana.

Los pojaítos nos conducían seguros a un rancho y allí encontrábamos viandas y otros menesteres apropiados para llenar la barriga.

Cada punto tenía su producto. Por la Tinaja mucho marañón. Por Trilladerita, aunque los majaguales tenían mucho pica-pica no nos arredraba, porque tras ella había unas grandes jutías que daban la hora y nos hacíamos de ellas para darle gusto al paladar. Una vez por un rancho abandonado vimos un gato, lo matamos y lo pusimos a la hora de almuerzo como jutía, todos lo saboreamos muy bien: Bauta, Díaz y otros, pero Alfredo Alvarez, cuando descubrió que era un gato se puso caliente... pero nada, ya lo tenía en la panza.

Encontrábamos unas cañas, pero como eran pocas, pues nos repartíamos a pedacitos como de media vara para hacernos la ilusión que comíamos mucha caña, nos llenábamos antes de agua y cerrábamos con el pedacito de caña en última instancia, del dulcecito de ese rico producto criollo.

Para salir a raquear, había que evponerse como si fuera en exploración, por eso los asistentes tenían que ser también buenos soldados. La carne de caballo, por ejemplo, al cocerla, la espuma, a un Alfredo Alvarez le producía náuseas, pero el hambre al fin nos acostumbraba a todo y comíamos de carne las del burro, yegua, etc., igual que las de puerco y ternera.

Había algo como pájaros que no se podían comer, al extremo que ni por trampas siguiera, solamente casi al terminarse la guerra se hizo, recordamos, preparando balas del rifle con el plomo hecho de pedacitos y así cazar alguno y saborear palomitas fritas.

Por estos tiempos que estábamos a mango solo, recordamos la atención tenida para con Morúa, que con un hambre atroz sufría lo indecible y ellos le sirvieron de aliento para soportarla y sobrellevar a la vez la pena moral por sus incidentes y a su llegada al campamento con el Viejo Gómez.

Cuando de mangos se trataba, al llegar a un mangal nosotros cogíamos los mejores y nos lo comíamos, luego los regulares, después los malos y por último, sin desperdiciar nada, hasta los podridos y con gusanos.

Que no había agua corriente, como muchas veces pasaba, pues al curujey nos pegábamos; pero si éstos por el lugar en que estábamos no nos la había departido proporcionándolos la naturaleza, entonces venía el recurso del pantano por donde pasábamos el caballo, de los huecos que dejaban sus patas, sacábamos el agua, la dejábamos asentar un poquito y ya teníamos agua, sin sanidad, con mosquito y sus gusarapos y sapos correspondientes, que también alimentaban, pues todo era secar la boca y llenar el estómago vacío; lo demás venía luego, la infección y hasta la muerte, para satisfacción del guerrillero, el enemigo de Cuba y el retrógrada y partidario de la reconcentración.

Un General sobresaliente y rico tenía siempre de todo en sus serones y en su pabellón. Yo sé que una noche otro General lo sorprendió comiendo a escondidas y se le pegó, cosa que lo contrarió mucho, y nosotros sabemos de unos cuantos soldados de un pelotón y entre ellos Mayía, que estando ese General acampado con nosotros y en días de verdadera privación y hambre, su asistente secaba pencas de tasajo para luego darle diente, y nosotros entre malezas cercanas a ese tasajito las amarrábamos con una arisca de yagua y luego una soga larga y a la voz de un espía halando la soga nos vimos entre las manos y en nuestro pabellón con ese tasajito que el asistente nunca pudo saber cómo pero que nosotros nos embutimos y el General rabió que fué un contento; él seguro repuso la falta y nosotros llenamos un poco el cuerpo de glóbulos rojos.

Que hay hambre, se encuentran unas mazorcas de maíz secas, pues a la candela con ellas y chamuscadas o asadas como puerco en parrilla, que luego ablandaban el grano y a comer se ha dicho; este fué un plato exquisito mientras Estrampes estaba emboscado y nosotros con otro compañero vigilábamos la llegada del soldado por el lugar conveniente.

Que nos ponen de martillo en una loma y allí pasamos toda la mañana sin comer pero vemos una mata de ciruelas con algunas muy verdes y sin sazón o sin hacer, como se dice por alguien vulgarmente, pues a la carga y a comer ciruelas verdes.

Que están con nosotros los soldados americanos que mandó el general Mills en 1898 al general Gómez como escolta y a éstos les gusta el limón, no saben dónde se pueden encontrar, nosotros sí y se los cambiamos por azúcar y carne de lata o beef.

Que encontramos una veguita de tabaco, como nosotros no fumamos las guardamos, pues luego nos sirve para cambiar por boniatos.

El corojo, esa planta o palmera criolla nos producía muchas cosas. Por la majagua, por ejemplo, que abundaba. Tumbábamos una mata y del corazón sacábamos una buena especie de palmito que producía guarapo de esas grandes barrigas que formaban y de ellas, además, se hacían frituras o panochas que all llamaban, que fritas con manteca aunque fuera de caballo eran sabrosas y suficientes para llenarnos y sostenernos por algún tiempo.

La fruta del corojo a semejanza del coco, verde y seco, era bocado exquisito y de sus pencas se sacaba el hilo o pita que, preparado, seco y en hebras nos valía para coser la ropa cuando teníamos o el taparrabo.

No olvidaremos los contrastes, algunas veces, de los platos; por ejemplo: lugar donde aguacate y mamey amarillo o de Santo Domingo resultaban los únicos ingredientes para la comida.

Todos estos recursos después del principio de la guerra en que había carne de vaca, frutas y tiempo y lugar para obtenerlo.

La sal y la miel se hacía esfuerzo por tenerlo como el que saliera con reloj, que bastante lo defendió para su duración.

Por la mañana la falta de un traguito caliente, ponía hasta de mal humor y esto nunca nos conformó a no ser la realidad de su ausencia. La cachánchara que la había de dos formas. Una poniendo a la candela en una vasija un poco de miel y al hervir con echarle agua hasta donde hubiese llegado la espuma era lo bastante para que quedara buena y dulce, pero como así era la más sabrosa y se gastaba mucha miel sólo se hacía endulzando el agua suficiente para el traguito deseado por la mañana, poniéndole además su hoja de naranja, una cascarita de limón o naranja o yerbabuena, y entonces el estómago con ese placer tan necesario si había café, mejor, sobre todo al amanecer, después de haber dormido en nuestra cama, colchón de yerba, algunas veces adornado de hormigas y el agua que corría por la tierra fértil del campo libre de Cuba.

Muy bien recordamos al regreso de Boza, con Mendieta, de su misión a los Estados Unidos, adonde fueron desde Punta Alegre en un balandro y a su regreso trajeron leche condensada y tasajo, que sin poder preparar a derecha lo comíamos mojando el tasajo en la lata de leche después de haber pasado unos días a cangrejo y mamoncillo por esas costas donde había tantos mosquitos que no nos dejaban ni agachar.

La gelatina de las patas de un caballo que al cocer obtuvimos y que nos valió por muchos días a ración especial de alimento, otro plato para menú exquisito; y cuánto nos recuerda la impresión que nos causara en uno de esos días de hambre al pasar por Paredones que un guajiro de esos lares nos dijera que por allí había muchas

matas de pan, pero que no daban pan ni fruta y mucho menos harina.

La busca de la miel de la tierra entre el monte y luego el tumbar el palo donde estuviese, era otra odisea, pero no había más remedio para tener algo dulcecito y hacer el desayuno.

ECOS DE LA GUERRA

El sacrificio que ha presentado la guerra de los diez años, el manifiesto de Montecristi y la actuación de las cabezas directoras: Martí, Estrada Palma, Maceo, Máximo Gómez... verdadera ideología y guía de la moral y alto patriotismo que encerraban sus organizaciones, en nada se demeritaban con que a las filas acudiesen a lo mejor clases de todos los ambientes del pueblo y alguna parte quizás maleada socialmente, pero que allí bajo la égida de la obra emancipadora, la cabeza visible del General en Jefe y el Gobierno que presidía el Marqués Salvador Cisneros, hacían que se condujeran bien.

Asimismo es coso cierta que el Ejército Libertador luchaba por un ideal y sin apartarse de su perfecta y sana organización existía siempre un tono fraternal entre los jefes y sus demás subalternos, hijo del sentimiento y sacrificio que animaba a todos e hijo de lo que los unía también en apretado haz, la exposición de la vida, siempre en un hilo y ofrenda con ella en holocausto de la patria, próxima a redimir, que eran sus esperanzas,

En el Cuartel General, por ejemplo, había de estos fenómenos.

El general Gómez se vanguardaba en el Regimiento Expedicionario, y su retaguardia y grueso de su columna, la Escolta y de acuerdo con sus jefes Sánchez Agramonte y Boza, una compensación en el trabajo de ella y demás servicios que siempre se atendían dividida por igual la labor.

Que se recibía aviso de que el enemigo se acerba; que se oían tiros en la guardia; que había que hacer tal o cual exploración, pues en el acto se nombra la fuerza necesaria, según el caso, y formada por partes iguales de ambas fuerzas referidas y bajo la dirección del jefe oportuno para ello y de aptitudes convenientes.

Recordamos un día que estábamos acampados en La Papaya y en los momentos en que freíamos unos boniaticos para saborearlos con la carnecita correspondiente que había ido a buscar Lezcano, cuando de momento suenan tiros en la guardia.

Bauta y yo recogemos los boniatos. Ya en la fila se nombra al teniente Américo Castellanos para jefe de una sección de nuestro Regimiento, que había de formar parte de la pelea y entre los componentes nosotros y salimos para el lugar conveniente; se retira el General en Jefe para San Marcos; el capitán Faico Benavides nos ordena lo que habíamos de hacer militarmente, pero aparte y sintiéndose compatriota, ligado por la gran obra que nos unía de sa-

crificio y amor fraternal, nos dice: "A animarse, caballeros; peguen bravo y pórtense bien." Por lo que queda demostrada la grandeza de la Revolución por esta parte y por la referente a los elementos que componían, tan diversos, nuestras filas, podemos añadir otros casos.

Deserta un soldado español en la primera pelea, se muestra valiente pero exagera la nota gritando mucho; lo ve el general Máximo Gómez y le dice que se calme, pues con eso no se demuestra sólo el amor a la causa sino que también hay que llevarlo en su corazón.

Este viejo tenía abrojos, caballeros; y ahora nos hace recordar lo del día que entramos en Arroyo Blanco, después de su toma por José Miguel, Estrampes, Sánchez, Ferrara... y otros casos, pero éste diferente. El oficial-jefe del pueblo a quien no se le hizo nada, quedó en libertad y se dejó ir para Sancti-Spíritus con sus soldados, enfermos y heridos, y al pasar por el lado del general Gómez con su escolta, empezó a maniobrar con su fuerza y con su sable en la mano en modo que el Viejo se vió obligado a llamarle la atención, no sólo por lo ridículo y quijote sino por lo de nervioso que así estaba, y significaba, diciéndole:

"Oiga, amigo, cálmese; acuérdese que usted es el vencido y nosotros los vencedores..."

RECURSOS DE CUBA LIBRE

Por los campamentos se presentaban enfermedades que requerían curaciones que se hacían de acuerdo con las circunstancias y lo que nos deparaba la naturaleza, el cuidado del médico unas veces, otras el de uno mismo por espíritu de conservación y lo de aliviar la pena o inconveniencia que ello reportaba, aparte de lo que se sufría por tener que acudir a la guardia y a la pelea, a la exploración y al tiroteo, al ''soldao'' para no hacer creer que no era el mal que aquejaba a uno sino que se quería majasear o se tenía su miedito bobo, se estaba encasquillado, sin contar asimismo que para lograr resolverlo todo a veces basta superticiones o vejeces de guajiro, sus remedios, sugestiones que nos ofrecían o nos daban y que quizás algunas veces atendíamos a pesar de la civilización, la ciencia y ser del E. L., cuyo ideal era la instrucción, la libertad y la justicia.

Pongámonos, pues, a tiro del lector y pruebas al canto de estos asuntos.

Nosotros los mambises comíamos a veces mucha carne y otros alimentos que mantenían a nuestros estómagos en constante trabajo y a veces no resistían y sufrían las descomposiciones que de todo ello dependen... por ejemplo, los ''pujos de sangre''. Para esto había el Palo de Caja, árbol criollo de recuerdo simpático por cuanto nos valía de bueno y de recuerdo también por su forma. Era de hoja verde media oscura y la hoja tenía especie de venas humanas. Sus gajos sobresalían siempre de tres en tres, que iban formando algo de simbolismo masónico, como tiene nuestra bandera de la Patria el triángulo de trilogía hermosa: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Este árbol se daba mucho a la sombra de otros árboles mayores, es decir que gustaba de sombrita del monte de Cuba Libre.

Que íbamos en marcha, pues unos gajos de este árbol de colchón o cojín en la montura para que al sentarnos o montar nos refrescasen las partes traseras, constituía una cura para ese mal, y si la cosa seguía un cocimiento de sus hojas que como casi nunca había dulce recordamos también que era amarga como la hiel y la vida de perros que llevábamos, pero todo por Cuba, como decía Lacret.

Este remedio no parecía muy irracional, pero en cambio el guajiro decía con un limón en el bolsillo se cura usted y se coge tres puñaditos de hojas de los tres árboles más cercanos a su pabellón, y se los mete en un bolsillo, también se cura. Este remedio, nosotros

nos lo hicimos, pero como no teníamos bolsillo preparamos un puñadito, sí, pero amarrado con una majaguita o arisca de yagua a la pierna y por donde se calculaba estuviese el bolsillo del pantalón, que era el de la cuestión.

Andábamos por las Delicias y en una parte de la sierra descubrimos un cafetal, pues a recoger café. El café nace de dos en dos sus granos y dentro de una cáscara que los une formando uno solo, como todos sabéis. Para proceder a secarlo había que partir el grano principal y de allí sacar los otros dos. Esta operación la hacíamos introduciéndonos esos granos, de simpático recuerdo, en la boca y al partirlos notamos que contenía una especie de mielecita muy sabrosa, pues a deleitarse partiendo granos de café; nos dedicábamos por el doble efecto que daba café y que nos hacíamos la ilusión de comer dulce; esto nos produjo pujo y hasta principio de disentería y tuvo un médico que llamarnos la atención... y no seguimos en nuestra empresa.

Durante las marchas la posición de estar siempre a caballo por lo menos la mayor parte del día y hasta la noche los ramalazos que nos daban las ramas de las matas pequeñas cuyos gajos alcanzaban a nuestras piernas, las picadas de los mosquitos, las de los abujes y las de miles de bichos como jejenes y los caránganos (éstos hasta por otras partes), también nos ponían las piernas primero hinchadas, luego con granos y después a reventarse se ha dicho, y en los pies con la constante agua y el fango se nos declaraba lo que se le dice mazamorra.

Estas cosas se curaban y siempre en la brega, peleando, marchando solamente cuando se acampaba un poquito de día y se podía calentar bastante agua para hacer cocimientos de hojas de guayaba, echarse limón y ceniza en los pies y estar tranquilo un poquito de tiempo; cuántas veces se nos interrumpía esta operación a medio hacer... por la ocurrencia del soldado presentándose en la guardia o recibir orden de salir a explorar hasta que al fin nos curábamos o reventábamos.

Para el, que como a un amigo y paisano de apellido Pichardo, que un día se le cayó la dentadura en el río, donde nos bañábamos, no hubo remedio, y se quedó sin dientes.

Tampoco encontramos remedio para la hinchazón que nos produjo la picada de un alacrán...

Un soldado jiboso muy valiente y que llegó a capitán, se atraca bravo de ajiaco, que en zona de mucho soldado y peleando habíamos logrado conseguir. Harto de ajiaco este buen luchador, se acuesta en una yagua verde, parece que se refría y se muere; para este caso tampoco apareció remedio alguno...

Las fiebres que nos azotaron bastante, el que tuvo la suerte de encontrar remedio y quien se lo diera se salvó; nosotros, con sigua y güira como remedios y boniato con sebo de caballo por comida nos curamos, alguna quinina que luego vino y en la paz unos vinos y la alegría de vernos salvos y con esperanza de patria y

libertad que nos permitieron, por ejemplo, corresponder a invitación de un farmacéutico de Matanzas, que después que nos curó con su medicina, píldoras y un vino, nos llevó a un baile que recordamos era en el Olimpio, sociedad de ese tiempo en la Atenas de Cuba, y también a otros del Liceo, algo animados y honrados con esas deferencias, aunque bien apretada la barriga, que por las consecuencias de esas fiebres... teníamos algo abultadita, por lo de la fiebre, y así disimular un tanto la panza hinchada.

"FAICO" BENAVIDES Y LUACES

La Historia de Cuba se hará seguramente con cuanta impresión se saque en consecuencia de los documentos, memorias, etc., y entre todas esas descripciones por los expertos en ello y del futuro, se convendrán para hacer la verdadera relación de cuánto ha costado la emancipación de la Patria.

Bueno, pues, prueba al canto. En la patria de nuestros mayores y los mayores como Agüero, Agramonte, Betancourt, Cisneros, Castillo, Mola... había también Benavides y Luaces, y entre éstos se contaba uno que respondía por Francisco Benavides y Luaces.

Nosotros, de niño (hace ya más de 50 años) lo conocimos alegre, simpático, parrandero, querido y un gran guajiro del tipo fino e instruído en que abundaban por esa tierra muchos bachilleres que no seguían carreras por no separarse de la familia, costar caro la cosa y estar mejor al frente de la finca del padre y con ello saber de la futura administración de la estancia, el ganado, el queso y cuanto de ello dependía de una buena finca, por la mayor parte de que se vivía en ese lugar y legendario...

"Faico" estuvo por el Instituto y luego se fué a la finca. Tenía un caballo "Beltrán" que era un gran corredor y siempre ganaba. Cuántas veces lo vimos en nuestra infancia y cuando íbamos por el Casino Campestre, por las célebres carreras criollas, rectas, por el pedazo de calle preparada al efecto, entre árboles de mangos, laureles, almendros, del simpático lugar referido. Casino Campestre donde había exposiciones agrícolas y de productos del país que organizaron los hacendados de esa época Argilagos, Aguilera... donde había los grandes bailes y fiestas...

En esas fiestas donde se vivía la vida casi mambisa cubana y se soñaba con la patria libre. Una vez recordamos se mató un joven que vivía cerca de casa y en la de Pedro Nolasco Romero. Lo lanzó contra un árbol el caballo, que echando sangre por todo el cuerpo sucumbió, pues el peligro de esas carreras era ese, el choque con algún árbol corpulento de esos que adornaban las calles del terreno, calle o carretera para el acto, y luego se organizaron los hipódromos, donde también sufrió, y lo recordamos con pena, la rotura de una pierna el joven A. Recio, que luego en la guerra murió peleando por la patria y en esta capital.

Cuando en mi casa se celebraba un onomástico y de paso se parrandeaba, con lechón tostado, allí estaba Faico y bailando y tomando cerveza se divertía que era un contento.

Tenía un carácter recto, organizador, caballeroso y valiente, con la misma franqueza y naturalidad de su gracejo y simpatía se fué a la guerra, donde luego demostraremos que fué tan eficaz y útil como en la paz en su finca con su familia y sus amigos.

Suena la hora del 95 y junto con el Marqués, Armando Sánchez y tantos más allí, figuró Faico como uno de los componentes de ese gesto heroico y forma parte del Regimiento Agramonte, hasta que con Armando organiza el Regimiento de Caballería Expedicionario a las órdenes del Viejo Gómez, su vanguardia y de teniente pasa a capitán de un escuadrón y luego es comandante, y en febrero de 1898, después de ruda campaña en Las Villas y haber sido herido heroicamente en Juan Criollo en un brazo, cuando daba órdenes a sus soldados para cumplir la orden del General en Jefe, de avanzar hasta pechar con el enemigo, pasa a Camagüey.

Ya en la patria de sus amores lo nombran Segundo Jefe del Regimiento de Caballería Caonao. Toma posesión y en el acto comienza a actuar como Teniente Coronel.

Antes de seguir adelante con nuestro querido Faico, que fué el capitán de nuestro Escuadrón en la vanguardia, escolta del Viejo Gómez, vamos a decir algo de la zona y el Regimiento Caonao.

Zona se entendía por los cubanos en armas la parte del campo de Cuba Libre, egidos cercanos a las poblaciones.

Eran zonas de peligro y exposición constante. Por que allí estaban cerca los fuertes. Andaban muchas patrullas, guerrillas, emboscadas y había que mantener al Cuartel General en constante comunicación y al tanto de cuanto movimiento realizaba el enemigo. Cuidar de que no entrase ganado al pueblo y no dejar al pacífico guerrillero raquear o llevar al efecto de que ya que se mantenía al lado de la ominosa gozase también de sus privaciones. Se veía a diario, en cambio, al buen cubano comunicante que nos traía las noticias, las cartas, los periódicos, la correspondencia oficial a veces de Oriente y Occidente que traía por mar de un lado a otro de la Isla y del Extranjero, el otro valioso cooperador de las empresas navieras de las costas de Cuba y los Estados Unidos. Se tiroteaba a los fuertes.

Se hostilizaba toda columna que salía y a las guerrillas que merodeaban cerca del fuerte cortando forraje. Se recibía armas, parque, ropa y noticias agradables de la familia y a veces los obsequios de los familiares que les enviaban a uno lo necesario para contrarrestar la falta de todo en la guerra... así era la zona y de constantes peligros, de la vida del mambí.

Esa zona era para nosotros la comprendida cerca de las poblaciones, como la que se llama los Egidos.

"Faico", nuestro biografiado, estuvo durante la época del 95 a fines del 96, en Camagüey, y el 97, año bravo por todos conceptos, pelea y de privación en Las Villas con el Viejo Gómez como capitán y luego comandante del Regimiento Expedicionario que mandaba A. Sánchez Agramonte, y ya teniente coronel en febrero del

98 pasó a su pueblo natal y allí le honran con el nombramiento de Segundo Jefe del Regimiento Caonao que antes referíamos.

Este Regimiento era en esa época el que estaba en turno y de la misión delicada, expuesta y de trabajo en cuidar la zona.

Lo mandaba el coronel Manuel Rivero G. Avellaneda; soldado íntegro, modesto, valiente y práctico de la guerra y apropiado para estas clases de operaciones. Se componía su fuerza de cuatro escuadrones.

El puesto que ocupó el teniente coronel Francisco Benavides y Luaces, de familia de abolengo revolucionario, camagüeyana, y a quien tan cariñosamente le llamaban "Faico", lo había desempeñado el valiente compañero Rogerio Mora (Morita), y allí en esa fuerza, había entre otros, los jefes y oficiales que secundaban admirable y dignamente a esos luchadores los queridos compañeros del colegio y ahora de la guerra (algunos de ellos), otros como libertador, amigos e identificados en el gran ideal.

Comandante Máximo Arias, Regino Avilés, Francisco García Agramonte, Casimiro Sotolongo. (Este fué capitán de mi Regimiento Expedicionario y estuvo presente cuando lo hirieron en un brazo en el 96, por las operaciones de Cascorro... amigo y jefe que me estimó y recuerdo cariñosamente, como lo aludiera en nuestras Memorias de la Guerra..

Capitanes: Arquímedes Méndez (del Bachillerato y la guerra y ahora ratificada con nuestra íntima amistad), Antonio Lapera, Ismael Bello, Juan Vega (hermano del general Vega).

Tenientes: Orlando Camacho, Fidel Marrero (para estos dos de mi regimiento, el primero que fuera y el otro muy y gran amigo mío y compañero del Colegio San Carlos, de don Ricardo García, en Camagüey, un recuerdo cariñoso), Agustín Estrada (que fué sargento del pelotón mío, siendo yo cabo en el Expedicionario), Miguel León.

Otros que mencionaré en el relato de la muerte de Faico y los sargentos Arquímedes Montalván (cuántas parrandas hemos corrido juntos), Rafael de Zayas (pariente nuestro y viejo luchador por la libertad que fué también de nuestro regimiento), Apélez Méndez y Andrés Morán, compañeros de los Escolapios. Datos del Libro de Roloff y los que hemos buscado entre compañeros de armas.

"Faico" toma posesión de su puesto. Acampados en San Pablo el 30 de marzo de 1898, ordena al jefe de los exploradores, que lo era el teniente Fidel Marrero, escoger varios hombres para recorrer la zona, las guardias y atender a las exigencias del cargo, y se llegan hasta los Claveles, atienden sus asuntos y vuelven para su campamento.

Al día siguiente, el 31, repite la orden y le dice al propio teniente Marrero que habían estado el día anterior en los Claveles, también en la Manda, que tenía 25 hombres escogidos en su sec-

ción, que volviera a escoger un grupo de hombres para operar y de acuerdo siempre con su cometido de peligro y acción.

Dentro de la dignidad y valor de "Faico" y sus subalternos y la confianza en él depositada, con tan elevado cargo, se mantenía fiel al dictado de su amor por la patria y siempre con su carácter franco pero recto y juicioso.

Iban en marcha y de momento se sienten tiros con rumbo a la guardia de "Mercedes Núñez", así lo comprenden, pues el mambí, por la práctica del terreno, su constante movilidad y el oído, la clase de tiros, les era en el acto comprensible a saber de dónde venían y de quién pudiera ser, si cubano, español, columnas, guerrillas, infantería, caballería...

Se preparan en el acto, toman medidas previsoras; "Faico" con Marrero y otros siguen desplegados por el potrero del punto por donde iban en ese momento, envía una pareja por el callejón exploradora y de defensa, para el grueso de todos.

Se ordena la retirada y con rumbo de aviso al campamento a los componentes de la fuerza; en ese momento el capitán Ramón Anglada y soldado Ramitos y ellos siguen en su avance y expectativa, maniobrando y en espera del enemigo, que ya éste, junto casi a ellos, entra en fuego con la pareja y los tiros que se cruzan con el grueso de sus hombres, cerca de 10, se generalizan, y cuando menos se figuraba nadie lo ven caer al suelo, corre Marrero en el acto en su auxilio, recoge su cuerpo, ya cadáver, y entregándolo a Francisco Agüero se van con él hasta darle sepultura por lugar cercano al hecho doloroso e inesperado de todos, casi de haber entrado en verdadera acción en una escaramuza, quien había estado en cien combates y siempre en su mismo caballo propio "Beltrán".

En su caballo propio, que corría de joven en Camagüey, iba a finca de trabajo con su padre, salió a la manigua, peleó durante toda la guerra y allí mismo lo mataron en su simpático caballo, ya diestro en la pelea y que él decía mientras tenga vida mi "Beltrán" en él pelearé con la seguridad de defenderme bien que nunca lo herirían y ya ven compatriotas, montado en su "Beltrán" sucumbe este gran hombre libertador amigo y de los Benavides y Luaces.

Se da la noticia oficial y se le rinden sus honores.

En paz descanse uno más de los que hicieron patria.

Como otros detalles de los hechos la guerrilla sigue cargando; pasó por donde, como de los más peligrosos de la guerra, que era la retirada, el recoger el herido, el muerto y lo que pesa una persona en esas condiciones y estaban Marrero y Agüero y ellos siguieron en su odisea de gloria y cumplimiento sin pensar ese Marrero, a quien vimos mucho tiempo por el Prado a caballo, modesto sargento y de tan noble alma y valor estoico, para que luego lo retiraran de "a porque sí", como se dice vulgarmente; pero así sufren los buenos luchadores y redentores de las nobles causas, como la de la libertad de Cuba, y a pesar de ser un buen sargento de poli-

cía, bueno, honrado y querido del comercio y la sociedad habanera y también de sus jefes, pero la política y las conveniencias de los gobernantes a veces no tienen entrañas...

Entre los otros que componían en ese momento este hecho, se recuerdan además de los mencionados como la pareja que fuera por el callejón, Ramón Puerta y Francisco Abad, otros dos que también estuvieron en el Expedicionario y que batieron ese día de duro el cobre, como en Oriente y las Villas lo hicieran y ahora en su legendaria tierra de los Agramontes y el Marqués de Santa Lucía y los Agüero y Gabriela de Varona, pues allí la mujer también supo actuar. El capitán León, soldados Vicente Garay, Salvador Socarrás, Francisco Rodríguez y otros que se lamenta no recordar.

Los equipos y propiedades de ''Faico'' se le enviaron a su familia, que días antes le había enviado una camiseta de invierno, pues en esos días hacía frío y juntamente con un cordón para el revólver, que era de color negro también, esa camiseta de color negro(nos dice Fidel), nota admirable para los supersticiosos estrenarse su camiseta negra para recibir un balazo en plena cien derecha, pues allí recibió la herida.

Así anotamos este recuerdo de la guerra a la memoria de este ''Faico''. ¡Lo que era nuestra guerra! ¡Cómo se portaban sus subalternos y cómo expiró un valiente y se conducían los jefes!

La guerrilla en su afán de matar sólo dió alcance al compañero Anglada, lo coge prisionero y vuelve satisfecho de su hazaña, pero sin resultado alguno de victoria; en esta operación, que como veis fué del acaso y nada más, sólo que los cubanos, en su tiroteo, les hicieron desistir luego de su empeño y ya con el prisionero cayeron hecho el gasto, es decir, la prueba de su día, pero no pudieron asesinar a nadie más.

MOLINA Y OLIVERA

Al pasar por Camagüey el Viejo Gómez, en su marcha hacia Occidente, tratando de organizar el gigantesco plan de la Invasión, paseando así triunfante de un extremo a otro la bandera de la patria, se incorporaron estos dos paisanos nuestros, que desde los comienzos de la guerra se habían levantado en armas con el ínclito Marqués Salvador Cisneros.

Ellos fueron de esa clase de hombres que no dudaron un momento que el deber estaba en la manigua y que en ella era donde sería posible incubar la Patria Libre, ahogando para siempre a la "Siempre Fiel Isla de Cuba".

Estos dos valerosos luchadores formaron parte de la Escolta y más tarde del Estado Mayor del General en Jefe como Ayudantes, obteniendo Molina, además, posteriormente, el honroso cargo de Jefe de Escolta; en un punto o en otro, todos, teniendo la gloriosa honra de pertenecer al Cuartel General del General en Jefe del E. L. de Cuba.

Supieron ellos desde los comienzos de la campaña cumplir largamente todos sus deberes, desempeñando misiones delicadas, sufriendo privaciones y heridas, pues nada les arredraba y todo lo exponían por el éxito de la gloria y noble campaña libertadora.

En la paz no se han entibiado sus entusiasmos y siempre han sabido continuar dignamente manteniendo con pureza los ideales que les lanzaran a la manigua; siempre al lado del Gobierno, legalmente constituído, han contribuído a la estabilidad de la República en todo tiempo, contando ésta con dos modelos de ciudadanos cívicos, cabezas de familias, cuyos hogares son templos de virtud, y excelentes camaradas, así son estos dos gloriosos Veteranos de la Independencia.

Olivera fué, en múltiples ocasiones, nuestro compañero de exploraciones en momentos de serios peligros para el Cuartel General; para llenar tal cometido aprovechamos todos los recursos que la naturaleza pródiga nos brindaba, pero lo esencial era que sin dejarnos ver del enemigo, sin disparar un solo tiro, que pudiera ser motivo de inconveniente alarma, obtener los datos necesarios que el Cuartel General demandaba.

Tales cosas eran de necesidad, era uno de los más excelentes medios de que disponía el Viejo Gómez para poder burlar a las considerables fuerzas que constantemente le perseguían, con muy buen juicio el enemigo sabía que allí estaba el corazón de la revolución.

Algunas veces nos tropezamos con el soldado sin esperarlo. Recordamos que una mañana nos encontramos con una pareja en una estrecha vereda que conduce del Blanquizal al Laurel, y tal fué la sorpresa que tanto ellos como nosotros retrocedimos y ambos con el arma preparada para la defensa, la cosa no pasó de ahí, pues parece que ellos al igual que nosotros iban cumpliendo alguna misión especial que habían de realizar, y por consiguiente no exponiendo nuestras vidas sino en último extremo.

De Molina, este buen amigo y jefe amigo que fuera bueno también de mi padre, en épocas juveniles, en épocas de parrandas, en épocas ed guateques, como se dice por nuestro terruño de Camagüey, donde las fiestas de junio, San Juan y San Pedro, se prestaban para estas diversiones típicas criollas... en la guerra se sintió como al lado de su viejo amigo y no olvidaremos jamás que nos honró con señaladas distinciones y confianza.

Sale para Camagüey el coronel A. S. Agramonte, con parte del Regimiento de Caballería "Expedicionario", nombrado como Jefe de la Brigada de la Trocha de Júcaro a Morón, el resto se fundió con la Escolta, que él era jefe y me nombra su ayudante.

Allí estuvimos hasta la terminación de la guerra; todo esto pasó del comienzo del 97 al mes de agosto del 98. Recordamos de tanta odisea, como la de la Expedición de Palo Alto, que trajo el general Emilio Núñez, de las cosas que pasaron con motivo de futuras operaciones y nuestras salidas del campamento en misiones como las de con Olivera y para resguardo del arma, parque, cañón y demás útiles llegados en esa expedición.

El curso del consejo de guerra al general Bermúdez y cuánto ese valiente soldado, a pesar de sus errores, pasamos durante su arresto, que pasó bajo la guardia consiguiente y entre el pabellón de Molina y el nuestro y la atención que repercutió mientras la ley fallaba el caso a que estaba sometido.

Bermúdez era simpático, expresivo, mucha pena nos causa la confirmación de su sentencia; hablamos mucho mientras ella seguía su curso. Recuerdo que nos dedicó su revólver, que no sabemos por qué causa luego no vino a nuestras manos, y ese hombre a nuestra opinión era listo, apasionado, de una mirada penetrante, impresionable, y nos expansionaba su habla, el cuento de sus proezas con Maceo y en medio de todo ello sus extraordinarias ojeras, no sabemos qué poder influyó en nosotros ese hombre que profundamente lamentamos su muerte, por todo esto expuesto y manera de ser tan llana, lisa y la manera de expresarse tan espontánea y agradablemente.

Bueno, compañeros, e. p. d. Bermúdez; la historia se encargará de hablar de él y nosotros lo recordamos con pena y con el respeto a la ley de nuestra República en armas.

Así son los dos amigos y compañeros Olivera y Molina; Molina y Olivera a quienes con toda el alma y esas notas son dedicadas a ellos, porque son de los pocos y buenos de la guerra, así, sencilla-

mente expuesto, pero dignos de sus labores por la patria queremos aludir a estos comprovincianos tan grandes amigos, jefes que han sabido cumplir con Cuba y quizás no la patria sino los trepadores hayan contribuído con la maldad, la envidia y la conveniencia a tratarlos mal, como casi a todos los veteranos, siempre desde el 24 de febrero de 1895, en minoría exigua, pero esa minoría de vergüenza ha impuesto la libertad a tanto bribón... y ahora no puede imponer la ideología de la guerra porque siguen en minoría y los malos cubanos gozando de la lucha triunfal del Ejército Libertador.

EL NEGRO BARCELO

Así se le llamaba por sus compañeros y como una significación de su sobresaliente persona, en muchos órdenes, que enumeraremos al narrar esta impresión de nuestra estancia y haberlo observado en la guerra del 95.

El Negro Barceló respondía por este nombre porque sabía era hijo del cariño, la admiración y afecto que se le guardaba por su valor, su bondad de carácter y sus excelsas condiciones de buen compañero.

Vivos sus ojos, inquieto, tenaz, reservado, modesto y fiel a las órdenes de sus jefes. Máximo Gómez le conocía bien desde el 68. Comenzó la guerra en Camagüey; pasa a Occidente con el general Mayía Rodríguez, una de nuestras figuras de la guerra, sobresalientes, y luego se incorpora a nuestras fuerzas, que mandaba el Viejo Gómez, que era el Regimiento Expedicionario, mandado por A. S. Agramonte, la escolta de Boza, la infantería por Strampes, el Estado Mayor, la correspondiente impedimenta de archivo, asistentes, cacharros y la cooperación de las guerrillas de Veloso y algunas fuerzas de las zonas de las Villas; era el 97 el rigor de la campaña... Cuarenta mil soldados...; columnas pequeñas; fuertes; todo mandado por el general Ruiz y la visita de Weyler, una o dos veces y otros generales más.

Estábamos acampados en la Majagua, hoy con pueblo, logia masónica, teatros, cines, casinos, liceo, estación de ferrocarril, comercio y laboriosos masones, ciudadanos libertadores, extranjeros y cubanos que mantienen ese lugar a una altura digna de Gómez, que por esos lares merodeaba con las fuerzas referidas y sin poder estar allí más que poco rato, tener que cambiar de campamento y burlar la persecución, el número mayor, la fuerza, el parque; la comida y las armas y los hombres descansados, caminos, cruces de todas esas fuerzas, que hoy está en plena civilización y vigor de progreso.

Se recibe un día aviso de que el soldado venía del rumbo de Santa Teresa.

Tal como me recordara Cruz, el corneta de órdenes del General en Jefe, que le parecía aun verme cuando el General decía: "Boza, mándame cinco números; Armando, mándame cinco números", y yo, por ejemplo, entre ellos. Un día tocó a Barceló mandar una sección a tirotear al enemigo y dar cuenta de ello para que puesto de acuerdo con Strampes y su infantería a ver qué podía

hacerse apoyando a la vez la retirada, y ese corneta toca formación, a caballo y marcha.

Se va la fuerza con el General y Barceló, y a los que nos tocó ese día, y nosotros entre ellos, nos dice: "Ahora verán, vamos a simular con los fogones y sus candelas del palmarito,—precisamente donde tenía el Viejo Gómez su tienda de campaña—el campamento." (Este histórico palmarito se ve al pasar por el tren central desde la Estación.) ¡Qué lástima allí no se pudiera poner un obelisco!

Entre tanto Strampes, en el paso del río Jatibonico, que conduce rumbo a los Hoyos, y al otro lado se embosca con sus infantes aguerridos, prácticos y valientes, como lo era su jefe, de gloriosa memoria.

Barceló pone a Mayía sentado en el suelo con su caballo en la mano. Bayate de centinela con su rifle largo. Gallo como si estuviera queriendo montar y no podía, papel que debía representar al asomar el "soldao", y los demás con Barceló, como Subil y otros que no recordamos sus nombres.

Divisa Bayate, muchacho que hoy está en Obras Públicas de ordenanza a la entrada de una oficina y ese día estaba a la puerta de una sección de diez hombres, en simulado campamento, a las puertas de la muerte, con su rifle largo nos avisa al aflojar un fogonazo. (El lector debe tener en cuenta que no somos literatos y que usamos la frase en muchos casos típicas del mambí y del criollo.)

Los soldados o guerrilleros, más bien éstos que los otros, y vanguardia de caballería de la columna ven al muchacho con su rifle largo a caballo, se dan cuenta por las candelas y el humo de los fogones y por estar todos regados y en la forma descrita y en el acto se figuran lo que nosotros deseábamos, que éramos un campamento sorprendido, y sin tirar un tiro dejan caer las tercerolas en sus banderolas y con el machete en la mano y a los toques de sus cornetas de ataques y cargas, vienen sobre nosotros que ya estudiado y preparado el asunto montamos a caballo los que teníamos nuestro papelito suelto y mientras tiraban los que eran sostén de nuestra evolución y luego escalonándonos fuimos tirando y ellos no cargaron agresivos como antes sino por entre los palmares, con más discreción, nos siguen, llegamos al río, pasamos al otro lado, y luego, para no cansarlos más, lectores de Cuba, y a manos de cuantos llegue esta nota mambisa cubana, los coge la infantería de Strampes por su cuenta y se puso en brega y a fuego graneado les mató caballos, les rechazó, se retiraron sin reconocer, dejando caballos y armas que luego recogimos monturas y lo que más nos valía en la guerra: el parque y el arma, y así se dió cuenta de esta original operación que solamente era ocurrencia del mambí y de uno excelente como el bueno y valiente de Barceló, nuestro comandante, nuestro amigo y nuestro compañero, a quien se le felicitó grandemente por tamaña hazaña de contrarrestación a la fuerza mayor con quien combatíamos, que aparte de tener todos los elementos

eran valientes y disciplinados, también el soldado español, que quizás sufría más que nosotros, pues los cubanos tenían un ideal y ellos sufrían el robo del capitán de la compañía del factor cubano en el pueblo y de los gobernantes dictatoriales, venales y corrompidos de esa época en España que dió al traste con perder tan buenas posiciones de su patria.

Nosotros no tuvimos que lamentar baja alguna. La infantería de Strampes, sí, el cabo Angelito, un mulatico de nuestra edad y de un valor estoico que el coronel Strampes lloró por su muerte sentida y en holocausto de la santa libertad de Cuba había legado ese héroe del nombre ignorado, que nosotros recordamos hoy con dolor y pedimos al G. A. D. U. lo tenga en su reino y eterno descanso; la herida fué tremenda, de máuser, pero por el vientre, a semejanza de una cuchillada del costado derecho al izquierdo, se le salieron las tripas y él mismo se las sujetó y volvió a colocárselas en su sitio y ante la demora del médico, que estaba lejos, la infección de la tierra y la gravedad de la herida, sucumbió este soldado cubano q. e. p. d.

El comandante Barceló y el coronel Strampes recibieron sus merecidas congratulaciones del General y la Patria les agradece su labor.

EL OJO DE JOSE MARIA

Trabajaba en el Ingenio Lugareño; se inicia la guerra del 95 y se incorpora José María de Varona a las fuerzas del Ejército Libertador, en Camagüey, lugar de su nacimiento espiritual, pues había venido a Cuba como esclavo y pertenecido a las familias de los Varona-Sánchez Agramonte, que le dieron la libertad. Era un negro bueno, fiel y valiente, y ya, con los que habían sido sus amos, alternando por sus méritos y las bondades y justicia de todos laboraba por la santa libertad de Cuba.

Siempre y agradecido José María peleó con el Regimiento Agramonte y luego en el Expedicionario, de que formaba parte Armando Sánchez Agramonte; un día, cuando el rigor del 97, estando con el Viejo Gómez acampados en la Reforma, se presenta el soldado, nos atracamos con ellos en pelea: la infantería o su flanco izquierdo nos acribilla a balazos y por descargas cerradas, nosotros con nuestros tiritos de tercerola y la diversidad de armas con que contamos: pum, pum y pum... nos hieren a José María y grita, no de dolor ni de miedo sino de rabia, diciendo me han erido esos gringos, me han sacado un ojo y a todas estas con la mano izquierda sujetándose el ojo y con la derecha sin soltar la carabina.

¡Pobre José María! Se va al Hospital, se cura y a los pocos días, con un ojo menos, lo contamos nuevamente en las filas y luego se mandó para Camagüey, donde, viejito cuando escribimos estas líneas, pasa la vida gozando de una modesta pensión que sólo le bastará para seguir comiendo casi a lo mambí y sin poder veranear en el extranjero, en comisión en una especie de embotellamiento al que no aspira ni nosotros tampoco, lo hacemos constar, ya que los que tienen esas prebendas son indignas de ellas, por el honor que significa de ostentar la representación de Cuba y de haber sido enemigo de la libertad a lo mejor.

José María sigue rebelde, malcriado, como dice él que le tenían los blancos como Conchita Agramonte y los que como el general M. Gómez sabían de sus proezas en el 68 y el 95, de su fidelidad a la ley y la causa de la independencia.

Como gesto de rebeldía, un día nos manda a buscar el general Sánchez Agramonte y nos dice: "Mayía, lee esa carta de José María, donde se queja no sé de qué falta y pago de su pensión"; y acabada de leerla y bajo la impresión de la realidad de la injusticia humana, le digo al General: "Si a José María lo sueltan en LABANA,—como dice en su carta—con el machete en la mano de-

recha y el ojo malo en la izquierda se acaba caña, como dicen los cortadores en los cañaverales''; pero lo mejor que hacemos es ir a donde se debe y arreglarse su asunto, y en efecto, él hablaba con el corazón, pero en Hacienda no tenía culpa el pobre empleado que a su cargo tenía el asunto más remedio que hacerlo así. Al pobre interesado y con la cooperación del jefe de la oficina, bondadosamente se le dirigió la documentación a Camagüey y se arregló el asunto de José María como se le curó el ojo en la guerra, y así cumplimos gustosamente con un hombre casi ignorado que nosotros sabemos lo que vale y Sánchez Agramonte también y con nosotros sus demás compañeros.

EL CORNETA DE ORDENES DEL GENERALISIMO

El único título de Corneta de Ordenes extendido en la manigua heroica por el General en Jefe del E. L. Máximo Gómez fué el de José Nicanor Cleto, hijo de José Cruz Pérez y Rita Pérez Guerra, nacido en Villaclara el 26 de abril de 1875, égida de la década del 68 al 78, que en la patria de Marta Abreu y feudo de Leoncio Vidal, se desenvolvió bajo la educación de la autora de sus días, amando a Cuba, su libertad y ejerciendo el honroso oficio o profesión de platero.

Lo singular de su nombramiento es una de las excepciones del campamento del Viejo Gómez, como la otra de conceder estrella de oro al alférez Miguelito de Varona (y patente al Sombrero de Yagua por haber sido el primer que lo usara en la guerra del 95, el capitán Mayía).

Su padre, fiel al sentimiento de cubano, de ideas avanzadas, contribuyó a la medida de sus fuerzas a nuestra emancipación y la historia de la libertad de nuestra patria tiene para ese luchador párrafo selecto.

Siendo uno de los comunicantes del soldado libertador en campaña, ante sus actividades eficientes, un guerrillero vil lo denunció a la autoridad de su pueblo, y preso por los esbirros de la ominosa se le sometió a consejo sumarísimo y sentenciado a la pena de muerte, pero como se tratara de sacarlo de su hogar a media noche, se comprobara la dolencia grave que sufría, pues estaba padeciendo de Viruela Negra, no lo mandaron al Hospital hasta que se pusiese bueno, para aplicarle la sentencia, crimen que no pudieron realizar los componentes del gobierno opresor porque la muerte se llevó a un mártir más antes de llevarse a cabo tan horrenda acción, a pesar de llenarse la forma, como hacían, pero siempre con el prejuicio consiguiente en todos los casos análogos, para acabar con el mambí.

Luego ese cubano, descendencia digna de seguir su senda de amor patrio, valor y honradez, y esa fué, Joseíto, a quien la autora de sus días, la matrona cubana doña Rita Pérez Guerra, ya viuda, con varios hijos, supo inculcar en su alma cuanto sufriera ella y asimismo su marido en la odiosa odisea del año 1876, al año 7 meses y 7 días de haber venido al mundo nuestro biografiado José Cruz Pérez, de igual nombre y apellidos que su padre y el amor que guardaba siempre en su corazón a la memoria de su compañero de hogar.

Así se fué educando Joseíto bajo el espíritu del hogar de una mujer de temple y la impresión de espíritu de justicia y libertad.

Ya en 1895, supo esa buena señora ratificar al compañero José Cruz el camino y senda honrosa de su padre y el que necesitaba la patria de sus hijos, luchar por su emancipación y el 4 de octubre de ese año ingresó en las filas libertadoras por las zonas de su pueblo y provincia.

Se incorpora al capitán Ignacio Bello, este bisoño soldadito del E. L. luego pasa a donde el brigadier Cortiña, y se le destina a ser de la escolta del general Manuel Suárez (aquí sufre alguna contrariedad por incidente entre él, el coronel Bermúdez y el referido general Suárez, que le costó algunos días de arresto en su pabellón, pero luego renace la calma y se hace justicia).

Es más tarde nombrado corneta del comandante Carlos Aguilar, por mediación del teniente Bonifacio Sterling, y ya pasada la nubecilla referida que en nada empañó su condición de caballero y soldado de la patria.

A su paso las fuerzas invasoras, por otras misiones y también algunas dolencias que sufriera, se quedó con el teniente coronel Machado, y a prestar servicios en la Brigada que mandaba el coronel José B. Alemán.

De su actuación sobresaliente en esta fuerza, basta señalar su heroico comportamiento, exponiendo su vida al salvar al coronel Alemán en un fuego y luego la retirada, de muerte segura, a quien para lograr su intento tuvo que sacar en medio de gran fuego de Palo Prieto, a quien llevó en las ancas de su caballo y desde ese día Alemán sentó a su mesa todos los días a la hora de la comida a Joseíto... como si fuese no sólo un oficial sino como un hermano.

El 7 de mayo de 1896 es nombrado corneta de órdenes del general Máximo Gómez en "Los Monos" (Villaclara). Aquí actúan referencias de Colete, uno de los ayudantes del "Chino Viejo".

Había antes sido nombrado en 15 de enero de 1896, sargento, a propuesta del teniente coronel Machado y Vto. Bno. del coronel Alemán; sub-teniente el 7 de mayo de 1896, propuesto por el brigadier José R. Castillo y Vto. Bno. del general Máximo Gómez; teniente en 31 de mayo de 1897, propuesto por el coronel B. Boza y Vto. Bno. del general Máximo Gómez; capitán en 18 de enero de 1898 por el Generalísimo, y asimismo por éste ascendido a comandante en 1º de febrero de 1898.

Morón, el ordenanza de confianza del Viejo Gómez lo acompañó en acción heroica cooperando a recoger a un valiente herido, uno de los Sánchez Agramonte, el coronel Benjamín, como le decíamos en el campamento, en el combate de "Lugones" y Cunagua, y de cuanto se llevó a cabo por nuestro General desde Saratoga hasta el cruce de la Trocha, de Júcaro a Morón, en diciembre del 96 y toda la campaña del 97 al 98 en las Villas fué actor y testigo este soldado y corneta del Cuartel General.

Su diario de campaña, su pensamiento, su opinión y datos que él allí recogió de sus compañeros periodistas y figuras sobresalientes de la guerra constituyen un gran monumento que a menudo por la prensa de Cuba se exterioriza y es aludido por los que como Souza, Reina y otros, están haciendo resaltar en justicia cuanto de carácter, honradez, civismo y acción, representó la tenacidad de aquel gigante del E. L., Máximo Gómez, y que contaba con tan buenos subalternos como Joseíto.

Juan Criollo, Majagua, Guayacancito, Santa Teresa, Reforma, Hoyos, Laurel, Blanquizal, Tamarindo, San Marcos, lugares donde aun resuena el eco de su cornetica al toque de diana y al de a ensillar, a caballo y marcha.

Lugares donde le valió al Viejo Gómez, para saber los movimientos del enemigo por los toques de sus cornetas que también conocía Joseíto y que muchas veces las dianas nuestras eran oídas en los campamentos de los españoles, como las de éstos en los nuestros, cuando las operaciones exigieron acampar ambos a hora avanzada de la noche para al amanecer cambiarnos los tiros de sus cañones y máusers con nuestras tercerolas de balas de plomo de alcance de 500 metros y las de máuser de más de mil.

¿Joseíto, tú no crees que a pesar de lo hermoso de nuestra diana, algunas veces los soldados mojados, dormidos, con hambre, sin que ello fuera contra tí, algunos maldecían y renegaban del toque que los hacía despertar de su descanso, pero que el espíritu de conservación, la táctica del Viejo y la exigencia y realidad del momento hacía que tú tocaras diana, ensillar, a caballo, formación y marcha, así era la guerra, pero todo al unísono en la esperanza con la fe y abnegación de ver pronto el cubano en su suelo libre de tiranías? En sentido general, tu cornetín animaba, el de Juan consolaba, y el de Veloso alegraba de las penas del campamento y privaciones consiguientes, y todos ensanchaban el corazón entristecido a veces.

"Abra las orejas", le decía el "Viejo" cuando en acción eran de gran importancia los toques del enemigo para saber sus movimientos y ahora sufra con esta nota, hermano y compañero de lucha tenaz y de redención.

Este soldado, en la paz ha sabido, como rural, donde fuera sargento; empleado del Ayuntamiento de Cienfuegos, también de la Secretaría de Hacienda, servir con probidad y competencia y vergüenza, constituir un hogar en unión de su amante compañera hoy tristemente desaparecida: Aurelia Albert y Rodríguez. Hoy se encuentra en Camagüey pensando en la Patria, en sus compañeros de contienda, ya abuelo, con sus hijos y nietos y miembro de la Gran Orden de Perseverancia de lema: Dios, Amor, Patria y Hogar. Publicando cosas de la guerra en Federación, de las Villas y Remembranzas Villareñas, y haber tenido la satisfacción de hasta en su tumba haber tocado a silencio cuando se depositaran los restos del Libertador, satisfacción, no de la desaparición sino de fideli-

dad y amor, cumplimiento y disciplina, que desde el espacio, donde mora aquella alma tan grande, sabrá recordarlos con cariño.

Esta es nuestra justa, aunque pálida expresión de cariño, al compañero y corneta de nuestra fuerza en la manigua, que dedicamos a sus hijos y nietos y a la memoria de sus padres y estimado compañero.

BAYATE

Cuando uno va por la Secretaría de Obras Públicas a veces se encuentra la gente que lo conoce con un casi viejo, que en la paz ha sabido trabajar y fundar un hogar para honrar con ello a nuestra patria, que él fundara. Se llama Manuel Bayate Mantecón.

Su modestia y su rebeldía, siempre contra toda opresión, ha sido no de sus puntos principales de carácter que como honrados al fin, le han valido para sobresalir entre sus compañeros, amigos y libertadores.

De soldado ingresó en las filas del E. L. y terminó la guerra de sargento primero, pero de la Escolta del genaral Máximo Gómez, que basta para señalarlo como entre los que más peleó, sufrió, trabajó, pasó hambre, sinsabores, con taparrabo, sin zapatos, sin sombrero pero siempre alegre, dispuesto, con su pelo alborotado, valiente y atento al sacrificio que le había impuesto la lucha por la libertad de Cuba.

Terminada la guerra las cosas que se le presentaron a su vista lo hicieron emigrar y luego viene nuevamente a Cuba y ha seguido Bayate, como en la guerra, trabajando y haciendo bueno y honroso el dictado de buen libertador y de cubano.

Bayate siempre anduvo a caballo, pero con un rifle de infantería. Si el caballo era, como es natural, mayor en tamaño que él el rifle lucía también gigantescamente y tapaba casi a ese peli-rubio dispuesto a toda acción.

Recordamos a Bayate en la Majagua, peleando en una sección a las órdenes de Barceló, que estaba de centinela, divisa al "soldao", mete mano con su carabina y en un brinco ya estaba Bayate con nosotros y la gracia de habernos traído al "soldao" cerca, pegamos bravo y cuando íbamos pasando el río, para que la caballería española fuera saludada por la emboscada de Strampes y su brava caballería, Bayate, como casi todos los que íbamos en la sección, bajando y pasado el río juntos, con los soldados que retrocedieron ante la fusilería de esa infantería del coronel Strampes, y así pudimos coger cada uno para nuestro lado y allí vimos a ese muchacho Bayate y como éramos nosotros cuando sintió la leña de Strampes, gritar como un desesperado y reír a mandíbula batiente y gozando de la trama urdida y que nos había dado tan buenos resultados, pues se armó la debacle viendo a esos valientes que pensaban en el río cogernos como con la mano, acabar con nostros, que se ponían a salvo de la metralla criolla mambisa, a pesar de su

disciplina, su fuerza, elemento, su arma, pero que nosotros contrarrestábamos así y entre esos hombres de esa hazaña había bisoños como Bayate, también recordamos a Subil y otros que en nuestro tomo anterior enumeramos al aludir a esa operación.

Este sufrido niño de la revolución que figura entre un gran número del Viejo y que casi estábamos jugando a la guerra, por lo menos por nuestra edad, no aspira a ser Presidente del Supremo, no aspira a que se le tenga como de clase privilegiada, pero este modesto y valiente libertador como Bayate, ya que formó parte de la minoría exigua de cubanos que levantó la bandera del republicanismo en Cuba, debieron ser mejor tratados y no que todo lo dejan para la historia y hasta por humanidad hoy aun debiera aceptarse esa corriente, pues ya le queda poco tiempo de vida, los viejos cada día caen y sólo hemos de quedar hasta un poco más de tiempo, los que fuimos bisoños a esa contienda libertaria y así pagar con gratitud, por lo menos, y dejar que pasen tranquilos sus últimos años de vida a los que como esos se han sacrificado durante casi cinco años y que allí fueron sacrificándolo todo, abandonando hogar, familia, profesión, capital... hoy sólo cuentan con la vergüenza... otros con lo que se han apropiado y a lo mejor nuestros enemigos...

Justicia sólo pedimos para los que como Bayate se sacrificaron con fe y aunque él nada pide y se siente por lo menos perdonando que no olvidando y satisfecho por que aun entiende no ha terminado el sacrificio de la guerra...

SUBIL

De cepa revolucionaria y nacido en la legendaria tierra de los Agüero, Agramonte y Cisneros.

De corta edad y casi un niño ingresó en las filas del Ejército Libertador de gloriosa actuación por la independencia de Cuba y compuesto por una minoría exigua de cubanos, pero de corazón y vergüenza que con sus arrestos, valor, sacrificio y heroísmos nos dieron la independencia.

Comenzó su labor de soldado y terminó la contienda en la Quinta de los Molinos de capitán.

Este guajirito siempre risueño y modesto, perteneció durante nuestra lucha guerrera del 95 al 98 a la escolta del libertador q. h. Máximo Gómez, General en Jefe del E. L. Estos grados y el lugar o fuerza donde operó son bastante para decir quién fuera Subil como valiente, disciplinado y buen compañero.

Su recorrido de Camagüey a Occidente está lleno de hechos que con recorrer la odisea de la Invasión, allí está su mundo de actividad y valor, de joven y cubano de un sentimiento y corazón noble y generoso por cuanto en favor de la libertad de Cuba hiciese falta.

Saratoga en Camagüey, Juan Criollo en las Villas, y cuánta escaramuza y tiroteos al enemigo contó a ''Subilito'', como le decíamos en el campamento, entre uno de sus más decididos, disciplinados y valientes.

Nos parece aún verlo en su caballito moro, que por tan gordo que era se le hacía difícil a veces sujetar la montura, que se deslizaba por la suavidad del pelo brillante de ese jamelgo criollo y tan mantecoso, propio para comérselo en días de verdadera hambre, como las que pasamos muchas veces, tan distinto a como luego se paseara por pleno Paseo de Martí, en vida civilizada, como contrastes de emoción, antes la de casi salvaje que llevaba el mambí, sin ropa, sin comida y sin armas, en su gran caballo del Cuerpo de Policía y solamente con un corazón grande y la esperanza fija en el porvenir que no tardó en llegar, aunque con la gratitud, sinsabores y contrariedades naturales de toda lucha por las buenas obras, y sobre todo por la libertad de Cuba.

Queremos presentar a este tipo como otro de los soldados del Viejo Gómez, que como los Bayate, los Gallo y otros tantos, así se portaron; éste ya hoy en la paz todo un padre de familia, que ha sabido constituír un hogar, educar sus hijos, ser un buen y honra-

do como cumplidor sargento de la Policía Nacional de la Habana, de la Sección de Tránsito, y honrado además con ser Maestro Masón de la Logia "Hijos de la Patria".

Que siga siendo premiado por sus virtudes nuestro compatriota, compañero de armas y hermano masón, que bien lo merece quien se ha sacrificado por la patria en momentos de peligro y honra a Cuba en la paz, trabajando y siendo un ciudadano digno de nuestra sociedad, como lo es Emilio Subil.

FRANCISCO GONZALEZ MARIN

Apartado de cuanto apasionamiento significan siempre las cosas mundanas y a lo mejor dentro del seno de la política malsana reinante, que se aparta bastante de cunto ha significado el glorioso pasado de Cuba, invocamos a las proezas de los libertadores, los sacrificios del pueblo cubano y los hechos sobresalientes por la emancipación, y nos vamos a referir hoy a un poeta que cantara al Generalísimo por soneto tan espléndido como el siguiente:

Tiene de Hidalgo el ímpetu divino,
Del noble Sucre el idealismo ciego,
La egregia estirpe del titán Andino
y la serena intrepidez de Riego.

De su vida en el épico destino
Belona misma con buril de fuego
Le marcó con la fe de un Girondino
y la bravura heráldica de un Ciego.

La gloria es un poema de dolores
En que la ingratitud, genio atrevido...
Escupe manchas y se lleva flores...

¡Nada le importa a quien la gloria ha ungido
Que siempre a los que fueron redentores
Les escupió la frente un redimido....!

Opina nuestro corneta Cruz que con su clarín de guerra al lado del Viejo Gómez mantuvo siempre alerta al soldado cubano para cumplir las órdenes del Generalísimo y alegrar nuestros corazones con sus sonoras notas, de ese aliciente para ir al combate a cumplir con el deber sagrado de pelear por la libertad, que ese soneto encierra profecías por el momento y nosotros también; pero como que ahora no vamos a referirnos a esas profecías y a defender al General en Jefe, quien sus hechos y cruentas luchas por Cuba ponen siempre a rayana altura, sólo queremos hablar del poeta, mártir y libertador Gonzalo Marín, que nacido en Puerto Rico, por Cruz, por Semidey, por Argibay nos enteramos (aparte de lo que sabemos del campamento) cuánto sufrió y laboró por esta tierra ese hermano y amigo de Martí...

Otro cubano, en plena guerra habló de Marín, el comandante Tirado, y como ecos de esos datos podemos decir que fué ese hombre de alma tan noble y grande: un luchador a quien conocimos como ayudante del general Máximo Gómez durante la guerra del

95 al 98. Fué uno de los del grupo de intelectuales que pasó por ese brillante Estado Mayor del Cuartel General, juntamente con los Mola, Valdés Domínguez, Piñán de Villegas, Freyre de Andrade, Depradel... No olvidamos de sus recitaciones en plena manigua heroica, de sus bellas composiciones y de las penas que nos causara, más tarde, la noticia de su muerte que por hambre, sed y fiebres sucumbiera en plena ciénaga de peralejos, mosquitos, fango, agua, sol y sereno, falto de todo auxilio necesario para ese caso y casi abandonado por los suyos en momentos de crisis grave de guerra, asalto, persecución... que no viene al caso enumerar.

De sus versos "Esperanza", "Vida Pública", "El Emisario", "A mi Madre", " Ami Padre", "A un Compañero", "Armas", "El Trapo", "A Puerto Rico", "En el Barco", "A Martí", "A Cuba", "En el álbum de un desconocido", "A la Vela Azul", "Extravío", "Cuento", "Máximo Gómez", "En Días Aciagos", "Estadística", "A la Sra. esposa del Sr. Pedro Díaz", "La Princesa Cubana", "La Gloria, "La Carta"... datos que nos hacen referirnos y biografiar ligeramente la odisea de este joven poeta, patriota, bohemio, mártir, hijo y amigo que nos ayudó a luchar por nuestra libertad, que prometiera y jurara a Martí hacer y así lo cumpliera hasta su muerte.

Su muerte, verdadero via-crucis, horroriza recordarlo, acostado en su hamaca sucumbió ese otro iluminado bajo todos los rigores de la épica contienda.

Vió la luz en la isla hermana (Puerto Rico), en Ponce, su pueblo. Los Estados Unidos, New York y en plena manigua mambisa cubana, fué teatro de sus proezas, inspiraciones, poesías y actuaciones periodísticas.

Peregrinó por esos lugares y también por Santo Domingo, Haití, Venezuela, Colombia, Jamaica, y donde su pluma, su palabra y su inteligencia y la conciencia de un hombre libre la puso al servicio de nuestra causa, que los cubanos no debemos olvidar.

Vino a esta Isla en la expedición de Carlos Manuel de Céspedes, el hijo del Mártir de San Lorenzo, y cuando arribó a nuestras playas comprobó lo que ya en parte sabía: la muerte de su hermano Wenceslao, que cayera también peleando por Cuba en el Central Triunfo, de Oriente, al lado del general José Maceo, a cuyas fuerzas perteneciera ese otro héroe de la revolución cubana.

Este fué Marín, para cuyo eterno descanso pedimos al Gran Arquitecto del Universo lo acoja en su seno.

UNO DE LOS AGÜERO

Como el Joaquín Agüero del 51 y de la tierra legendario camagüeyana, sirvió en las filas libertarias de Cuba, "Agüerito", uno de los tantos "niños-hombres" que valientes y consecuentes con la tradición, dignidad del soldado y caballero, se comportó admirablemente durante la égida del 95 a una altura de los mayores encomios.

Salió para la guerra redentora y engrosó el número de los componentes del Ejército Libertador, desde sus comienzos; era hijo de un Procurador de Camagüey, se llamaba Arturo Agüero, y anotamos la coincidencia de llamarlo "Agüerito", como a nosotros "Mayía", que expresamos así como nota de dato en honor de ese héroe ignorado, hasta ofrecer lo que trtamos por este medio, de su grandioso comportamiento.

Del Tercer Cuerpo pasó a Occidente como uno de los miembros de la Escolta del general Mayía Rodríguez, que mandaba el entonces comandante Eugenio Barceló, hoy coronel, que vive en Remedios, y que luego operara con nostros en la Escolta del Viejo Gómez, siendo este valiente jefe uno de los supervivientes del Rescate de Sanguily, a quien recordamos con gusto, respeto y cariño, que a "Agüerito" quiso como a un hijo.

A pesar de su corta edad, peso de menos de 100 libras y talla de un metro y unos cincuenta centímetros, en la guardia, emboscada, exploración, combate, etc., actuaba siempre con decisión y valor al lado de sus compañeros de fatigas y exposición en misiones tan expuestas.

La guerra del 95, en pleno 97 estaba en todo su apogeo, el hambre se enseñoreaba por todo el campo de Cuba Libre, la fiebre arrasaba con todos y entre los que eran faltos de constitución física y la carencia de elementos, de médicos, medicinas y como este soldadito de la Patria, se encontraba comprendido y víctima de estas tristes realidades de la guerra, aunque grande por su nobleza de alma, espíritu y esfuerzo, fué víctima "Agüerito" de la enfermedad y del hambre y por falta de elementos para su curación y salvación de muerte segura.

Su patriotismo y dignidad le mantenían apegado a su ideal, y aun cuando estaba enfermo de gravedad, siempre se sintió esperanzado en su pronta curación para seguir luchando por la libertad de su país.

Al comandante Barceló un Teniente Gobernador de las Villas, de apellido Bencomo, le ofrece internarle en una casa de confianza cerca de Camajuaní y allí atender a la dolencia de "Agüerito", para que tan pronto se encontrara restablecido estuviese nuevamente en las filas para seguir por la senda del deber, pero este excepcional cubano rechazó la oferta diciendo que para el pueblo donde mandaba el opresar nada, que en el campo de la lucha de redención todo y a los pocos días desaparecía para siempre, hijo de las circunstancias expuestas, este gran niño-hombre que muriera en los brazos de Barceló siendo sargento segundo, entre Trinidad y Cienfuegos, en el lugar llamado "Los Corrales del Morro".

Cuando este jefe nos informó de nota tan significativa y ejemplo tan sobresaliente se le salieron las lágrimas y todos los allí presentes se rindieron ante ese sumum de dignidad y sacrificio, le rindieron los honores correspondientes y sólo queda para la Historia de Cuba la enseñanza de verdadro sacrificio, para el actual procedimiento, de la cosa pública y sus políticos y la senda de honor y vergüenza, para que sostengan con esos ejemplos, en el futuro, la Bandera de la Estrella Solitaria, a los niños de las escuelas públicas que tomando nota de estas acciones de sus libertadores y los errores de los actuales hombres públicos, puedan, observando, analizando, estudiando, aplicar la mejor manera de colaborar para que nuestro Estado sea, si no perfecto, el mejor entre los mejores de todo el universo.

PATRIOTA IGNORADO

Encontrábase acampado el General en Jefe del E. L. Máximo Gómez por el mes de julio de 1898 con sus fuerzas en el campamento de la Majagua, en las Villas.

A prima noche salimos en marcha forzada, que duró hasta el amanecer del día siguiente, en que llegamos a las hermosas playas situadas en la costa del sur, llamadas Palo Alto, donde se encontraba el general Emilio Núñez desembarcando una grandiosa expedición.

Venía en ella el general Rafael Rodríguez y otros jefes y oficiales que componían el Estado Mayor y Cuerpo de Sanidad del Regimiento "Maine", compuesto de cubanos y algunos millonarios americanos y algunos de nacionalidad alemana y otros que vinieron con la noble idea de conocer prácticamente la guerra de los cubanos.

El general americano Miltz, jefe de las operaciones en Santiago de Cuba, mandó a nuestro Generalísimo, para que operase a sus órdenes, un escuadrón americano y unos revólvers calibre 45 para su escolta; a mí como miembro de ella me tocó uno, que por ser tan grande tuve que cambiar por otro más pequeño al médico de nuestro Cuartel General, el muy querido galeno, amigo y compañero coronel doctor Lucas Alvarez Cericc.

¡Cuántas impresiones, alegrías y sorpresas recibimos ese día!

Traía caballos, mulos, ropa, parque, armas, comida y cañones de aire comprimido.

Había tendidos en la playa varios sacos de azúcar y sal, algunos dirigieron a probar los primeros, otros equivocadamente tomaron de los segundos, ¡qué chasco se dieron! ¡Lo que hace y puede el hambre, caballeros!

Visitando yo el campamento de la infantería "Maine", se dirigió a mí uno de los sargentos, alto, trigueño, de trato muy agradable, de aspecto simpático, de apellido Martí, natural de México, pero hijo de padres cubanos y con un énfasis oratorio me preguntó: "Niño, ¿a qué fuerza perteneces, qué edad tienes, cómo te llamas, por qué andas tan mal equipado, qué grado ostentas?"

Contestéle a todas esas preguntas de acuerdo con la verdad y entonces, emocionado, me cargó y me sentó en el gajo de un árbol, me presentó a los compañeros como ejemplo de lo que sufría en la guerra el soldado libertador cubano con las privaciones y trabajos

y al mismo tiempo pidiéndole me equipara, lo que no pude aceptar por no servirme ninguna de las piezas de ropa, equipo, etc., que me fueron entregados, quedando muy agradecido a tan inmerecidas y honrosas distinciones.

A los pocos días, algo comidos y regularmente equipados salimos de Palo Alto y llegamos nuevamente hasta el histórico campamento de la Majagua, donde estuvimos varios días a mangos como único alimento.

De los expedicionarios muchos se enfermaron a consecuencia de los trabajos, privaciones y fiebres, que sufrieron doblemente a los que estábamos ya en la guerra y acostumbrados a ello desde su principio, porque paulatinamente nos fuimos acostumbrando, mientras que ellos experimentaban radical y bruscamente el cambio de vida civilizada a la casi salvaje del libertador en Cuba.

Entre una de esas víctimas se encontraba el referido compañero Martí, el que sin haber tenido la gloria de enfrentarse con el enemigo en campos de Cuba libre, murió de hambre y fiebre... "mordiéndose en momentos de desesperación los codos" (refrán guajiro).

Gloria a ese Martí, de apellido excelso.

SOLDADOS DEL CUARTEL GENERAL

Pero del General en Jefe se podría hacer un libro. De sus proezas, la historia por sus notas y las de unos a otros, los archivos irán haciendo resaltar a cada uno en conjunto y como grato recuerdo para aquellos compañeros de fatigas libertarias, vamos a ver si le dedicamos en *Con Sombrero de Yagua* alguna arisquita.

Allí teníamos a León Primelles, de distinguida familia camagüeyana, ayudante del Viejo Gómez y nada más; pero qué más se quería confianza del Generalísimo y cuando había misiones discretas y de interés, allí estaba Primelles, o León, como nosotros le decíamos.

Recordamos que en nuestra fuerza había un capitán americano de apellido Smith, y cuando éste quiso ir a los Estados Unidos, el que le acompañó hasta Sancti-Spíritus fué Primelles, el comisionado hasta dejarlo en camino de su patria.

Feria, (teniente de la policía luego en la Habana), era de una calma sin igual, entramos en un fuego y allí le vimos herido en una pierna, con el caballo muerto y como si estuviese preparándose para un banquete no dejar en medio de un gran fuego su montura, su arma y todo su equipo, que al llevarlo sobre sus hombros y entre malezas constituyó un gran peligro para él y los que apoyamos su retirada, así, tan estoico, era el valor de ese hombre que hablaba lo menos posible y nacido en la patria de la Periquera, Holguín.

Benjamín Sánchez, nada menos que de la familia de los Sánchez Agramonte, de la patria del hombre que actuó siempre con la vergüenza por delante. De niño fué en el 68 un soldado, y en el 95 terminó de coronel jefe del regimiento y habiendo sido ayudante de Máximo Gómez.

Ese era Benjamín, poco amigo de "figuraos", como ahora se dice, pero hijo de su valor, su sinceridad y modestia sólo se le veía hasta gagueando, dicho que significaba para el soldado cubano el que era guapo, actuar en el momento de la pelea.

Lo hieren y nadie se lo figura, recibe un balazo con la misma naturalidad que siempre se mantenía en su carácter de conforme, esperanzado en Cuba libre, a pesar de ser nervioso y buen jefe; hasta en su muerte tuvo Benjamín un fin especial: por la mañana anda por la calle y por la tarde le da un vahido y sucumbe este León libertador que no era más que un bravo, honrado y verdadero hombre de la patria.

Marcos Rosario, dominicano y fiel amigo de Máximo Gómez, marchaba siempre en su carácter serio y sonriente a la vez, delante del general Gómez, con su sable largo y sus piernas que cuando el caballo era algo chico nos parecía ver al Quijote, que casi podemos decir que Marcos, como le pudimos ver, no se inmutaba nunca, ni en la fila ni en el fuego ni en el momento de más peligro, y fué un ayudante, columna-sostén del Estado Mayor de los que más luchó y que la patria cubana tiene mucho que agradecerle.

Gueren, viejo simpático y versador, no queremos dejar de hacer constar el contraste de este típico guajiro de décimas, con su condición de soldado. No se nos olvida el General cuando decía: "Gueren, vérsele a Fulano. Marcos qué opinas tú de eso." Y así con estos hombres en conjunto aprovechando el mérito de cada uno, se mantuvo el Viejo Gómez frente al enemigo y frente a los trabajos de su cargo, elevado y de responsabilidades.

Había entre los mozalbetes, entre los muchachos, entre los casi niños, muchos que tal parecía jugaban más bien a la guerra. No olvidaremos a un ayudante, el compañero Sombil (Sombilito), que en Saratoga, entre la yerbita más alta que él y en un penquito, pasando por toda la línea de fuego que era brava, y en ese momento de refuerzo llegado, iba a dar una orden desde el Estado Mayor al último extremo de la fuerza y líneas de combate como si fuera un ayudante de verdad, es decir, de una fuerza regular, equipada, armada, vestida y de un ejército que sin más condición que el corazón, la dignidad y justicia hacían la guerra contra elementos de guerra completos.

Y así con los otros enumerados recordamos a otro, Pedro González Castillo (Pedrito), capitán y de un temple, un carácter de hierro, asiento y dignidad que hasta en Obras Públicas, donde trabaja defendiendo el honor de la patria, el de probo empleado y el de su condición de libertador, se mantiene siempre firme y entero como en la Majagua o el Desmayo, como en Camagüey o en Occidente, sueña con su Viejo Gómez, con su Escolta y sus compañeros de armas y su familia.

Todo él de un gran corazón, que para honrar sus méritos hemos dedicado estas notas de gloriosa y justa recordación.

HOMBRES DE LA GUERRA

Emiliano González, uno de los soldados de la Escolta del Viejo Gómez; Pedro Zayas, otro de sus compañeros.

Sus bondades de carácter, su modestia y su valor los llevaron a ser hombres de confianza del Viejo.

Toda la invasión y toda la guerra, Zayas, su ayudante, Emiliano uno de los jefes de su Escolta. Tan buenos como Olivera y Molina. Del grupo de los escogidos, de los seleccionados.

De sus tratos para con sus subalternos, de sus hechos, los podemos contar a miles. Hoy gozan de salud, ya viejos, en su Camagüey; y entre el archivo del General en Jefe de sus proezas, en la guardia, en la marcha, en el ataque, en la retirada, en el tiroteo, en el macheteo, y en fin, en todo momento de peligro, allí estará la página justa de estos dos servidores de la patria: Pedro Zayas y Emiliano González, para quienes tenemos este recuerdo de cariño, admiración y gratitud.

Rafael Izquierdo, el que en la paz fundó y es hoy el número uno de la Logia "Bartolomé Masó"; el que a diario visita la tumba de su madre, lo vimos a su llegada al campamento del Viejo Gómez. Impresión que no se nos ha olvidado nunca. Con sus heridas y aun abiertas, que le causara una fuerza de caballería española y dieran como muerto de bala y de machete. Recibió justos halagos del General ante la expectación de sus compañeros y al oír sus proezas y cuanto él sufriera para no ser cogido así por el soldado español y cómo se arrastraba por la tierra hasta lograr salvarse y poder contarnos el hecho.

El coronel Colunga, otro bueno de la guerra, quien a preguntas del General informó tener tantas heridas como Izquierdo y como Maceo. Este Colunga se curaba él mismo las heridas. En esos días asistía a su propio hijo de una herida casual en un pie. Izquierdo aun vive; de Colunga no sabemos, pero la patria les debe a ellos, como a los otros, tanto y hay que tenerlos siempre presente. Izquierdo actuó con nosotros en la campaña veteranista y para nada, aunque él sigue viviendo y los guerrilleros están mejor.

El hijo de Colunga sanó luego y sean estas notas también para esos héroes que vimos siempre en batalla y en primera línea; el regimiento de Colunga era de primera y con un jefe como ese basta decir que era fuerza volante del Generalísimo y de los de la madera de Paquito Borrero.

En cambio, no olvidaremos tmpoco que en esos mismos días regresamos nosotros con el coronel Olivera de vuelta de las zonas de Cienfuegos, la Esperanza, etc., y con el coronel Goyito Alvarez además, conduciendo un botiquín.

Al pasar por la zona de la Esperanza, nos pusimos las botas con la estancia en una bodega cercana al pueblo Esperanza, y allí nos hicimos de comida, ropa y otros enseres de necesidad de guerra, etc.

Un asistente de Olivera se apropia un pantalón, que era, por cierto, del ejército español y de color rojo, y cuando en ese campamento de la llegada de Izquierdo, ese asistente lo lucía y se montaba en su acémila gallardamente, si se quiere se le acerca un jefe valiente pero que tenía esas cosas y le propone al asistente darle un traje de dril por el pantalón, el asistente acepta y al poco tiempo con cuello, bocamanga y rayas al pantalón se presenta ese jefe al general Gómez. Y al preguntarle el Viejo: "¿Y eso qué es, jefe?", éste le informa: "Las insignias del Estado Mayor..."

Estos gestos se nos parecen a los del oficial que en la Papaya, en un fuego se nos inspiraba diciendo a los españoles que le tiraran al pecho, mientras nos tiran un flanco, que debido a la actitud enérgica del jefe de la pelea y la de algunos de los que componíamos la sección hostilizadora pudimos evitarlo obligando al poeta a tirar tiros y no recitar versos... pues el momento no era para veladas sino para pega y fajazón.

COSAS DE ANTAÑO

Como visiones del pasado, nosotros recordamos que de niño oímos y vimos cosas como las siguientes:

Se implantan las reformas de Maura o se trata de ello. En Camagüey, por esa idea que se estimaba por aquel entonces salvadora o de provecho, pues una manifestación de agrado y adhesión. Salió a la calle grandiosa manifestación y entre ella cientos de hombres a caballo.

Al pasar por la Plaza de la Merced, de una casa del fondo y de la calle de San Ramón viene una señora por los tejados, y estando frente a los manifestantes saca un paño que tenía envuelto, lo despliega y resulta ser nada menos que una bandera cubana, y eso lo hacía Pepilla Agüero, la madre de los hermanos Varona y Agüero, fusilados el 68. Los jefes de la manifestación acuden en el acto y evitan que nadie se entere; hubo su corre-corre, pero la bandera fué expuesta a esos manifestantes, que entre ellos muchos seguramente conocerían...

Fabio Freyre pronuncia un discurso y dice que los oficiales españoles venían a Cuba, se casaban con las mujeres ricas y luego dilapidaban sus fortunas. Esto fué cuando el centenario de Colón (1892) en la sociedad "Popular". Un oficial español aludido, lo chifla y le expulsan de la sociedad, sus compañeros le plantean un duelo pero se niega y lo hacen irse de Camagüey.

"El Arrebol" era un periódico que dirigían los Usatorres. "La Tribuna", Carbó; y otro más el vate Morales, éste luego libertador. A la familia de los Usatorres pertenece el teniente coronel del E. L. que fué libertador, Ernesto Usatorres. Carbó es el padre del que dirige "La Semana". Estos periodistas sostuvieron en sus épocas unas violentas campañas por Cuba, la libertad de imprenta y la emisión del pensamiento que les valieron prisiones, entradas de palos y asalto de sus redacciones por oficiales españoles.

Como *Con Sombrero de Yagua* está para todo cuanto ha significado la lucha por nuestra emancipación, estos datos pequeños nos parecen oportunos para hacer resaltar cuanto de algún valor puede ser útil a la historia.

No digamos nada de los recursos de los españoles para denigrar a las figuras de la Revolución, como cuando decían que Lope Recio estaba en combinación con Mirabal y a la larga se ha comprobado que sí pero pro la organización del levantamiento que luego fué una realidad, y yo, quién lo iba a decir, formando parte, aun-

que humildemente, de ese ejército de la dignidad, el pariotismo y la lucha por aspirar a tener una patria libre, soberana, independiente como hoy gozamos. López Recio, que sucumbió con la dignidad de siempre; Mirabal, que vive aún con su aureola de coronel y masón y habernos contado la anécdota tenida entre él y el general M. Ramos y que en nuestro primer tomo referimos.

MARTIRES DE LA INDEPENDENCIA

"Por mucho tiempo es preciso que los destinos de la patria estén siempre en manos de aquellos que tengan motivos para amarla. Sin eso sería injusto exigirles ahora el sacrificio que ayer no pudieron hacer.

"Además, sólo en lo observado cabe que sin saldar aún la patria su cuenta a los leales, fieles servidores, empiece por regalar prebendas a sus desafectos y enemigos de ayer."

MAXIMO GOMEZ.

Cúmplense los 3 de septiembre años de uno de los sucesos trágicos que el tiempo no será bastante para borrarlo de la sociedad en que tuvieron efecto.

Fueron las víctimas dos jóvenes: Alfredo Adán y Miguel A. Núñez (mis paisanos, amigos y compañeros de colegio).

Alegres, simpáticos y honrados hijos de la patria de Agramonte, Boza, Castillo, de acuerdo con las doctrinos que éstos les enseñaron prácticamente, con el ejemplo y por correr por sus venas sangre de verdaderos patriotas y buenos cubanos decidieron ingresar en las filas del E. L.

Una mano criminal, cubana por cierto, los denuncia por el horrendo crimen de libertar a su patria. Para él será un mérito, eso en favor del uniforme de Teniente de Voluntarios y como representante de las hazañas de Weyler en la región camaügeyana.

Cubanos fueron los que en cumplimiento de sentencia recaída los fusilaron en el Puente de Méndez.

Cubanos fueron los que pasearon por las calles de la ciudad y frente a las casas de sus padres y familiares, el carretón que conducía los cadáveres de los infortunados Alfredo y Miguel.

Pío Ramos, capitán español que conocía a tan estimados jóvenes, lamentó el hecho.

Alfredo y Miguel, sonrientes y satisfechos del deber cumplido, murieron como valientes y nobles soldados de la patria, ¡qué horror!, pensando que en su tiempo tendrían los traidores el merecido castigo y cuando la patria fuese libre... ¡Qué desengaños: con prebendas viven aún en la patria que tan incivilizada e inicuamente combatían!

Ante la tumba de esos seres inmolados, pero que existen presentes en el corazón de todos los cubanos, dediquemos un recuerdo junto a sus padres y familiares.

A los acusadores, les basta la acusación de sus conciencias... si las tienen.

RECUERDOS DEL 95

De enero a junio del 95 las autoridades en Camagüey tomaban toda clase de precauciones, ya movilizando, ya comprando caballos, como vigilando a las personas que les eran sospechosas como simpatizadores de los movimientos revolucionarios que existían...

Los campesinos venían para las poblaciones, unos y otros se quedaban, pues de acuerdo con los de las poblaciones que salían se decidían a engrosar las filas del Ejército Libertador.

El Marqués de Santa Lucía dirigía el movimiento hasta en su más mínimo detalle, como el de que al ver un niño que corría huyendo a un policía, lo paraba diciéndole: "Al español no se le huye, sino se le da machete."

Comenzaron a llegar fuerzas de España, entre las que recordamos a los Regimientos de Infantería Mallorca 13, Asturias 31, Gerona 57 y de Caballería Hernán Cortés, de la Habana, sin contar una parte que ya se encontraba allí y varios oficiales y jefes de sanidad. Entre estos jefes recordamos también como jefes de esos cuerpos de infantería al comandante Castillo, de caballería; al coronel Landa, y de sanidad al teniente coronel Merino; capitán España y otros. Todos menos Castillo habían tomado parte en la guerra del 68.

En la calle Mayor, frente al Cuartel de Artillería y en una gran casa del coronel del 68 del Ejército Libertador Antonio Aguilera, había una gran casa de huéspedes.

Habíanse allí alojado varios jefes y entre ellos los enumerados, que con otros oficiales más comían en mesa redonda, y un día, estando de sobremesa refiriéndose a los sucesos del momento se expresó el comandante Castillo en los siguientes términos:

"En cuanto yo salga con mi columna compuesta de chicos valientes, como son nuestros soldados, y de unas cuantas cargas a la bayoneta, no quedará ni uno solo vivo de esos negrillos de argollas y bandoleras e incendiarios.". (Textual.)

El teniente coronel Merino, que por sus condiciones de alta jerarquía, méritos y sinceridad era tratado con profundo respeto y cariño por todos, interrumpió a Castillo y le dijo: "Suspenda usted ese juicio que ha formado tan ligero de la presente situación. Con respecto a las cargas a la bayoneta, la práctica le demostrará a usted lo contrario, pues la guerra que hacen los cubanos de guerrilla hacen impracticables esas cargas.

"Con respecto a los alzados, sepa que lo más rico, inteligente y decente de la sociedad cubana figuró en los revolucionarios durante la guerra del 68 y en ésta lleva igual camino, y le hago a usted esta observación, que la pueden tomar todos los presentes, para que se dé cuenta, comandante Castillo, que su opinión perjudica a la política que nuestro gobierno ha implantado, pues mientras él defiende la integridad de la patria española por nuestro conducto, los cubanos en armas aspiran y luchan por la Independencia de Cuba, y como ejemplo de ello les voy a relatar un hecho heroico de los jóvenes ricos, titulares y decedentes, de la mejor sociedad cubana..." Y les relató nada menos que el hecho más grandioso en Camagüey: el rescate de Sanguily por Agramonte.

El capitán España presentó como prueba otro caso, el que en la marcha de una columna conduciendo un convoy, cayeron en varias emboscadas, teniendo algunos heridos, entre ellos él, pues tenía un dedo herido y tieso—enseñándolo jocosamente—, y que causó grandes risas entre los comensales.

Como yo alegremente me sonreí y el coronel Landa se fijara en ello, me dijo: "¿Te sientes ya en la manigua, chiquillo?"

A los pocos días se cerraba la casa de huéspedes, pues llegaron a morirse como once oficiales de los allí hospedados por resultas de la fiebre amarilla.

No dejó de comentarse esto, y si sería o no no la mano mambisa...

HAZAÑAS DE LA OMINOSA

Comienza la revolución del 95, salen algunas columnas como otras de la ciudad de Camagüey, éstas en dirección de Minas y luego al Ingenio Senado, formada por las tres armas: caballería, infantería y artillería.

Entre sus veteranos oficiales, clases y soldados figuraban muchos de los que en Melilla, como afamados guerrilleros habían allí peleado duro y venido a Cuba como expertos y prácticos en la guerra y en la lucha de guerrillas o especie de táctica mambisa, para matar negrillos con argollas, bandoleros alzados; cubanos o mambises infieles a España, valiéndose de todos los medios, como vamos a referir, y como hacían con los moros en el Africa, su patria, y que sólo aspiran a que los dejen en su suelo tranquilos, como entonces deseábamos los cubanos y ya hoy libres e independientes.

Entre esos oficiales venía uno prieto, parece que así se había puesto, lo que unido a lo trigueño que era, del sol tropical del Africa, que lo parecía más.

Tenía un tajo como de sablazo en la cara, de lo que se enorgullecía, pues presumía de ello, como prueba de su valor y haber derramado su sangre por su patria, herida a la vez y como es natural recibida en el cumplimiento de sus deberes y en acción de cuerpo a cuerpo.

Nosotros, muchachos al fin y en esa época presentes en el Ingenio Senado, y estos pocos días antes de nuestra salida para la guerra, al ver la llegada de la columna, como novelería, al igual que otras personas que allí trabajábamos, pudimos muy de cerca fijarnos en todo y recordar ahora de lo que vimos ese día, formando parte del corrillo y de los comentarios que se hicieron en ese Ingenio cubano, durante lo que vamos a relatar.

El jefe de la columna, de apellido Mil o cosa parecida, era uno de los que le había cogido la guerra de Cuba, después de mucho tiempo de radicación en la Isla haberse por lo tanto familiarizado con la sociedad nuestra y sabedor y buen conocedor de todo lo que alrededor de nuestra lucha libertaria había y que la cosa no era de negros con argollas ni blancos bandoleros, sino de acción libertaria y lucha por la independencia de Cuba, ideológicamente y ahora por la fuerza y las armas en la mano, sabía quiénes eran los elementos que componían la Revolución, sus directores, mientras que esos acaban de llegar por primera vez a Cuba y opinaban de distinta e injusta como brutal manera.

Ya en el Ingenio y como en casa propia o país conquistado, abusando del poder y en requisa de caballos de la caballeriza del Central, tomaron todos los caballos, que no tenían derecho, si acaso a algunos, pero siempre dejando otros; todos, caballos de don Bernabé Sánchez, padre de un alzado, y los de Antonio Aguilera, el administrador casi dueño e hijo político de Don Bernabé, éste ciudadano inglés y Aguilera americano.

Al saber Aguilera del atropello, allanamiento de morada y proceder improcedente e indignado y más por hombres que vestían un uniforme, entendiéndolo altamente inaudito, entre otras cosas el apropiarse de lo ajeno sin consentimiento del dueño se presentó ante el jefe de la fuerza, en son de protesta, reclamación y uso de su legítimo derecho; pero como resultase todo esto ante esos oficiales, pues el jefe era apacible, bondadoso y caballeroso y conocedor, como antes dije, del problema y ellos lo estimasen como un acto de falta de respeto, rebeldía y ofensa a la autoridad del Rey y ser ellos desconocedores de todo, acabados de llegar a Cuba, con su intransigencia y aprovechándose de la incertidumbre y debilidad del jefe de la Columna, sin atender a la queja justa de Aguilera, aprovechándose de la fuerza y del número y del momento se imponen y en lugar de atender la razonable reclamación se ponen contra Aguilera.

El referido capitán, prieto y de apellido Prieto, como otro que era el médico de la Columna, se dirigen a Aguilera, manifestaándole que él estaba equivocado en mostrarse tan altanero ante las fuerzas del gobierno español, defensora de la integridad y del orden, que él era un mambí que había faltado al respeto al jefe y al Rey, que no debía estar ante ellos con un traje de mambí completo, pues Aguilera vestía de dril con botas amarillas, sombrero de jipijapa, machete paraguayo, cruz, su revólver, pero todo como administrador del Ingenio y para el uso del arma blanca y revólver con la licencia correspondiente y ser además ese traje el típico criollo del cubano; en el campo para su trabajo y el apropiado para todo ello; pero que esos señores representantes del Rey entendían lo contrario y así con abusiva increpación insultaron a Aguilera.

Como el jefe de la columna dejara pasar el asunto, no impusiera su autoridad y algo sofocado por su gordura, pues era muy gordiflón, siguiendo la impresión de esos oficiales no actuó; pero el señor Aguilera en el acto, como por su venas corría sangre digna y valiente, también como hijo del coronel Aguilera del 68 y de apellido que no desmentía, se defendió, se dirigió al jefe, pidiendo justicia, y a esos oficiales contestando sus groserías e insultos.

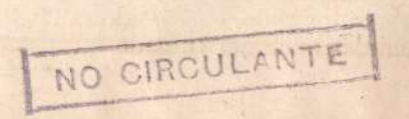
Reclamó sus caballos. Les manifestó el perjuicio de haberles cortado el rabo a sus caballos. Les hizo ver que estaban equivocados y que ellos eran extranjeros, la reclamación vendría y se impondría el correspondiente castigo y pago de daños y perjuicios. Les manifestó que usaba las armas por la ley del gobierno que lo había autorizado, enseñándoles las licencias correspondientes y como Administrador del Ingenio.

Les informó de sus ciudadanías americana e inglesa, pero aquí fué Troya, caballeros, se arma un careo de insultos entre Aguilera y esos oficiales; se dan tarjetas por Aguilera, el médico se le tira a la cara; Aguilera no se acobarda, le va arriba y en estos momentos llega don Bernabé, actúa algo el jefe de la Columna; pero se da por detenido a Aguilera, todo como debilidad del jefe y abuso de la fuerza mayor.

Sale la columna. Nosotros haciendo comentarios. Don Bernabé pide garantías. Aun no habían salido esos militares con su jefe del Ingenio cuando llegaba un telegrama de Camagüey, por lo que el general Mella ordenaba al jefe que regresara para la ciudad y llevar al detenido, pero que respondiera él y los demás jefes y oficiales de la columna de su vida como la de un caballero honrado y decente que era Aguilera.

Escena que vimos siendo un niño. Estando al poco tiempo ya en la guerra fué que nos enteramos del resultado de todo en más detalles: Aguilera en libertad. Requeridos esos oficiales de la columna. Pagados daños y perjuicios, devueltos los caballos, y así poder apreciar que había aún hombres que como Martínez Campos, Mella y otros, sabían de la dignidad del cubano y de la dignidad de España y las suyas propias, como se hacían valer que si así se hubiesen portado todos no hubiese habido tanta sangre, tanta justificada protesta, y así Cuba por evolución más o menos, por guerra más o menos, hubiese adquirido, como hoy, la libertad siempre en mejor inteligencia; no se hubiese llegado a cuanto señala la Historia que aun se recuerda y no hubiese España perdido a Cuba ,sabe Dios o el diablo hasta qué tiempo, como le pasara con otras colonias antillanas por su intransigencia...





Dr. Angel Rosende Baluja

Cirujano Dentista.

San José 51, (altos)

Teléfonos A-6830 y U-4169.

Habana. Cuba.

VILARDEBO Y RIERA

Cincelados, Grabados.
Esmaltes y Troquelados.

Trabajos Artísticos, Planchas Conmemorativas, Medallas, Distintivos para Logias, Clubs, Sociedades, Colegios, Institutos y Universidades. Joyas Masónicas, Insignias para militares, policías, bomberos y estudiantes.

Zulueta 38. Telf. A-4123.

Backer Cachimba

Sastrería Especial.

Uniformes y Trajes a Medida

Merced 30. Telf. M-1925.

GALLETERIA "UNICA"

Pida nuestras galletas en los establecimientos donde usted compra.

Son inmejorables, únicas.

G. Alonso y Comp. Concha 3, Letra K. Telf. X-2444. Habana

NOTARIA

Arellano y Recio

Gral. Riva 16.

Teléfonos: M-3060 y M-3936.

Exija
Ropa Interior
(Tipo Mejor Marca)

GALFOND

Por su calidad, dureza y precio económico.

Depósito: Bernaza 58.

Para Productos de Belleza

"Madame Biedak"

Madame Biedak posee el secreto de la belleza, pues por medio de sus productos, ha conseguido realizar verdaderos milagros de transformaciones en rostros que parecían que nunca recobrarían sus esplendor natural.

Entre los muchos métodos que pone en ejecución, para dejar completamente complacido al cliente, usa en ellos siempre su loción creada por ella misma, después de continuados y pacientes estudios; loción que posee la virtud de mantener la piel en perfectas condiciones de salud y lozanía al par que la desinfecta y la hermosea.

También atenta como siempre en todo a lo que se refiere a la belleza estética ella ha creado unos polvos adherentes que imprimen al cutis un encanto singular. Así como su crema que es admirable. Borra las arrugas, resultando un alimento ideal para la piel que transforma y rejuvenece, evitando la salida de las arrugas. Y entre otras cremas posee una de estractos de pepinos, de excelentes cualidades refrescantes, que acompañado también de una loción también de pepinos dan resultados positivos y de gran efecto.

Para probar la eficacia de sus productos Madame Biedak invita a las damas a que la visiten donde les hará un examen de su cutis y les recomendará el producto que más le convenga, sin costo alguno, obsequiándolas además, con una demostración gratis.



———— (o) ————

"MADAME BIEDAK"

NEPTUNO 140. Teléf. M-4888





Rosendo y de Zayas, Angel E.
Con sombrero de yagua.